CAPÍTULO IX

Jordi

I

Grande animación reinaba en el campamento francés al rayar el alba el día 4 de mayo de 1811. Al ruido de tambores y clarines, músicas y trompetas anunciando la diana, sucedió en breve el discordante rumor de las voces de mando, galopar de caballos y ruido de batallones que iban á ponerse en marcha.

Suchet quería dejar aquel mismo día establecido el asedio de la ciudad, y á este objeto mandó que la división Harispe se encaminara por la izquierda, mientras que Habert permanecía quieto en la derecha, ocupando desde el puente del Francolí á la playa, cercando, por consiguiente, la población por el SO. La división Frère se colocó más arriba, ciñéndola por poniente; Salme se situó cerca y por detrás del Olivo, al N., y Palombini se extendió por NO. y levante, quedando de esta manera completo el acordonamiento, excepto por el S., limitado por el mar.

No fué, con todo, tan fácil empresa como habían creído los generales franceses la de cercar la ciudad, ya que en cada puesto encontraron vigorosa resistencia, dejando por el primer día doscientos cadáveres en el campo. Sin embargo, la línea de circunvalación establecida era sólida y compacta, haciendo honor á la inteligencia de Suchet y del famoso ingeniero Rogniat, empeñados en hacer un modelo de sitios de aquel de Tarragona.

Colocado Habert en el extremo derecho de la línea, seguían, pues, Frère y Salme, habiendo correspondido á Palombini apoderarse de las defensas levantadas en la parte de oriente.

Los fuertes de Nuestra Señora de Loreto (Lorito) y los Ermitaños no podían ofrecer seria resistencia al enemigo, siendo, por lo demás, su posesión, de escasa utilidad. Más que fuertes, eran simples reductos improvisados, levantándose sobre las pedregosas colinas cubiertas de brezos y romerales que dominan la carretera de Barcelona. Así es que los españoles resolvieron abandonarlos por embarazosos, inutilizando antes las viejas piezas de artillería colocadas allí, más por respeto que para daño de los acometedores.

La operación se efectuó durante la noche del 3 al 4, guareciéndose las fuerzas que los presidiaban en el fuerte del Olivo, el más próximo á la plaza y más susceptible de defensa, no encontrando, por consiguiente, Palombini, ninguna oposición al acercarse á aquellos recintos.

Nada más imponente que el vasto panorama que contemplaron los franceses al entrar en los Ermitaños y el Lorito. Todo respira soledad y tristeza

desde aquellos sitios, no viéndose más que el mar inmenso delante y yermos y roquerales por los lados y detrás. Sin embargo, ellos consideraron como un gran triunfo la toma de los reductos, apresurándose á izar en los mismos la bandera francesa, en tanto flotaba en el Olivo el glorioso pabellón nacional.

Mucho les llamaron la atención á los franceses unas como garitas hechas con pedruscos, colocadas en hilera desde la cumbre hasta la falda de los cerros; garitas de forma especial, formando una especie de torreones circulares de una poca más altura que la de un hombre. No faltó sabio oficial *du genie* que hablase ya de *dolmens* y *menhirs* y de druidas y sacrificios humanos; pero ¡oh vanagloria de la ciencia! las pretendidas construcciones célticas eran simplemente lo que llaman los tarraconenses *paranys* ó paranzas, barracas de piedra destinadas á cazar pájaros con redes, constituyendo una curiosa variedad del arte cinegético, preferentemente cultivado por aquellos naturales.

Practicado un minucioso registro de todas y cada una de las susodichas paranzas, dió por resultado el hallazgo de infinidad de *telas* (redes), porrones vacíos, cestas, barras, redes, alpargatas y ropa de uso, muy usada, *ad usum* de los cazadores.

Desilusionados acerca del origen antiquísimo de aquellas fábricas, volviéronse á meter los franceses en los fuertes, contemplando las azules ondas del Mediterráneo y oliendo los aromáticos perfumes que exhalaban los romerales, tomillares, retamares y musgos que en abundancia crecen entre las peñas y en las márgenes de las torrenteras de aquellos montes, tras de lo cual y de haber echado una ojeada á los fuertes de las Horcas, Plaza de Armas, la Cruz, San Jorge y la Reina, edificados sobre la roca de la costa, fuéronse á descansar tranquilamente.

II

Lleno completo por la noche en la tertulia del boticario, exceptuados, naturalmente, los tres atlantes de quienes hemos hablado en el capítulo anterior.

—¡D. Magín!

—¡D. Fructuoso!

—¡D. Gregorio!

—¡D. Silvestre!

Advirtamos que esos señores eran respectivamente el intrépido procurador, el propietario del Priorato, el comerciante de vinos y el capitán retirado, tertulianos perpetuos de la botica.

—¡Magnífico, señores, magnífico! —exclamaba D. Gregorio.—Me han dicho los mozos del almacén que han visto más de dos mil cadáveres entre la puerta del Rosario y el *Portalot*.

—Sí: es cierto, porque lo mismo me ha manifestado mosén Verderol, que ha estado contemplando la acción desde las saeteras de la torre del Arzobispo.

—Pues se han lucido por el primer día.

—La gran carnicería será cuando los migueletes les ataquen por la espalda. Entonces salimos nosotros, y, claro está, no dejamos ni uno por remedio.

—¡Y cuenta que las fragatas inglesas harán también por su parte alguna de las suyas!

—Ya hubieran debido empezar echando á pique los jabeques en que se han embarcado el Sr. Sabidor y D. Damián.

—¿Y D. Justiniano?

—¡Otro que bien baila! ¿Pues no saben Vds. que se ha marchado á Reus?

—¡A Reus!

—Sí; pero dejarlo, porque, según noticias, no ha de tardar Reus en caer en poder de los nuestros. Miren Vds., si no, la prisa que se da Suchet en fortificar *Floris Campis*, convirtiendo en fortalezas los conventos y la iglesia. ¡Como que sabe que van á acometerle sin pérdida de tiempo los de Montblanch y todo el Campo!

—Pues, hombre, me alegraría que le pegasen cuatro tiros á D. Justiniano. No me gustan á mí esos hombres tan sútiles, que se quiebran de puro habilidosos y astutos.

—Lo malo será si nos cortan el acueducto.

—Pueden cortarlo cuando gusten,—dijo en esto un nuevo personaje entrando en aquel mismo momento, hombre doctísimo, ilustradísimo, buen patricio y entusiasta defensor de las glorias de Tarragona.

—¿Está V. loco, D. Bienvenido?—exclamó el comerciante de vinos.—¿Que no importa que corten el acueducto? Pues ¿qué vamos á beber?

—Sin duda creerá que la cisterna de esta botica

es inagotable,—exclamó queriendo decir una gracia el propietario del Priorato, gran cristiano de mostos.

—Señores: cuando D. Bienvenido dice una cosa, —repuso el procurador,—es siempre con su cuenta y razón. A ver, pues: explíquenos V., amigo Enríquez, lo que le mueve á decir que no hay cuidado aunque rompan los franceses el acueducto.

—Me explicaré, señores, si,—dijo D. Bienvenido. —No sé si sabrán Vds. que en la plaza del Corralet existe un pozo labrado en peña viva, nadie sabe cuándo, ni por quién, ni se sabrá nunca.

—Sí: algo hemos oído de eso.

—Pues bien: esta mañana se me ha ocurrido lo que después ha empezado á susurrarse, que pudiesen cortarnos las aguas, y acto seguido he querido saber que había en el fondo del pozo *ciclópeo*. A este objeto he mandado comprar muchas *canas* (1) de cuerda fuerte y resistente, me he provisto de una linterna y me he descolgado hasta el fondo del pozo, como D. Quijote en las cuevas de Montesinos, sólo que abajo no he encontrado princesas encantadas, sino otra cosa mejor.

—¿Qué ha encontrado V., D. Bienvenido?

—Una gran cuenca de agua, suficiente y sobrada para el consumo de la población, buena, sabrosa y fresca.

—¡Estamos salvados! ¡Oh D. Bienvenido! ¡Vamos á levantarle á V. una estatua!

—Esperen Vds. todavía un poquito. El agua se encuentra á doscientos treinta palmos de profundidad. Por consiguiente no es muy fácil, que digamos, subirla en cubos con una palomilla.

—¿Y V. bajó hasta el fondo?

—Y aquí traigo una botella por si quieren Vds. probarla.

Así lo hicieron todos, quedando sorprendidos de su buena calidad.

—¡Magnífica!—exclamó D. Magín, siempre animoso y optimista.

—Al punto, pues, de efectuado mi descubrimiento, púseme á pensar de qué manera lograríamos elevar fácilmente el agua de la corriente subterránea. Hay, á la verdad, en el pozo, un artificio de barras de bronce, como si fuesen restos de una antigua bomba; pero es imposible aprovechar nada de aquello. Sin embargo, hay aquí quien llevará á cabo la empresa.

—¿Está V. seguro de ello, D. Bienvenido?

—Me he ido á ver á Anastasio, el carpintero de la calle de la Nao; me lo he llevado á inspeccionar el pozo, y á estas horas está trazado ya el montaje de un maravilloso ingenio, tan sencillo y eficaz que bastará lo mueva un borriquito para que á cada vuelta suba un gran caudal de agua.

—Gracias, gracias, D. Bienvenido, y gloria también á ese inteligente artesano que tan altas pruebas da de su talento.

—Estemos, pues, tranquilos respecto á ese punto. En cuanto á víveres, claro está que no han de faltarnos teniendo libre el mar. De esta manera, señores, es indudable que no podrá caber en modo alguno la posibilidad de rendirnos.

—¡Oh! ¡Jamás, jamás la rendición!

—Suchet no perdonará medio ni manera de lograrlo: tiene prometido el bastón de mariscal para cuando haya entrado en Tarragona.

—¡Diablo!

—Ni más ni menos; pero creo que de aquí á que él pueda pisar el sagrado suelo de esta ciudad ya habrá llovido mucho.

—¡Claro está que sí! Pero ¿es cierto que mañana hacen una salida nuestros milicianos?

—¡Si andan todos alborotados! Por ahí me he encontrado á *Cañón* y á *Sixus*, como dos energúmenos, pidiendo les dejasen salir esta misma noche para irles á dar un susto á los gabachos. Nuestros labradores arden en entusiasmo y los marineros han manifestado que en manera alguna van á disparar sus fusiles, sino que quieren andar con los franchutes á la *barreja*, á puñalada limpia. Acaudillados por los honrados prohombres de los gremios, forman las tres más vistosas compañías del segundo batallón. Creo que van á dejar en los franceses funesto recuerdo de sus afiladas facas. Y ¿qué diremos de la brillante compañía de zapadores formada por los alumnos de náutica, al mando de su valiente maestro D. José Massanés?

—Todos harán prodigios,—repuso D. Bienvenido; —pero vámonos ya á casa, que es hora de rezar el rosario y de meternos en camita para madrugar mañana. Viejo como soy, no he de faltar cuando salgan nuestros valientes paisanos.

(1) Medida de dos varas.

III

Al día siguiente verificóse, en efecto, una salida por la puerta del Rosario, tres veces repetida luego por distintas partes, causando numerosas bajas al francés. Los marineros cumplieron lo prometido, arrojándose faca en mano sobre las tropas de Habert y causando á los agredidos disformes heridas, inferidas casi todas en el vientre, mortales. Al ver los franceses á aquellos marineros de ruda fisonomía no creyeron que supiesen maniobrar siquiera; pero, avezados al régimen militar por haber servido todos en la armada, mostráronse más disciplinados que ninguna otra fuerza, causando en el enemigo extraordinario pavor.

Atezados y de recia complexión, aumentaba la fiereza de sus embestidas el áspero acento de sus voces al lanzar ciertas tremendas imprecaciones que causaban singular efecto en los franceses. Aquellos roncos gritos y horribles juramentos parecían extraños á los enemigos, que todavía no habían oído el catalán pronunciado en toda su mayor dureza, cerrado y seco como el sonido de una piedra rebotando contra una roca.

Las cuatro salidas hechas por los tarraconenses habían sido para los franceses una muestra de los ánimos de los defensores; pero, si indomables les habían parecido los habitantes de la ciudad, pronto habían de tropezar con la gente del campo que sin duda haría gala de ser una verdad el dicho de: *Gent del camp, gent del llamp* (gente del campo, gente del rayo).

IV

Al regreso de la última expedición extramuros fueron acogidos los milicianos con entusiastas aclamaciones, apareciendo iluminadas la Rambla y la calle de la Mercería. En la plaza de San Antonio, barrio habitado casi en su generalidad por marineros, duró la zambra toda la noche, alegrando á los vecinos el estridente y animado son de un par de dulzainas y tamboriles que no se dieron punto de reposo mientras duró la gresca.

Muchos fueron los que tomaron parte en los bailes de la plazuela; pero sin duda tendría otras cosas que hacer un arrogante marinero de varonil y apuesta figura que se había distinguido en primer término en los combates trabados con los franceses á orillas del Francolí.

Dirigióse, pues, el mancebo á la desierta y entonces abandonada plaza de Palacio, y no tardó en distinguir una sombra de mujer que apresuró el paso hacia él al tiempo que el joven corría hacia la aparecida.

—¡Cándida!

—¡Jordi! ¡Oh qué angustias he pasado! ¿Te ha pasado algo?

—Nada, ya ves, sino quererte más que nunca.

—Es que he oído decir que te habías expuesto demasiado. No hagas eso, por Dios. ¡Ay si te matasen!

—No me matarán, Cándida de mi alma.

—¿Llevas el escapulario?

—¿Cómo no llevarlo si tú lo bordaste?

—¡Jordi! ¡Jordi!

—¿Qué tienes?

—Quiéreme de veras, no me engañes, porque me volvería loca si supiera que no es cierto tu cariño.

—¿Estás loca? ¿Por qué dices eso?

—Porque he de hacer una cosa de que tendría que arrepentirme toda mi vida si me abandonases después.

—¿Qué ocurre? Jamás te he visto tan agitada. ¿Qué tienes?

—Mi madre no quiere esperar y está resuelta á que entre en el convento el día de Pascua.

—¡De aquí á ocho días!

—¡Sí!

—¡Qué locura! ¡Qué horror y qué espantoso tormento! ¡Tú monja! ¡No me hables nunca de esto, porque sería capaz de cometer un sacrilegio! ¡Tu madre! ¿Pero es que hay madres que no tienen entrañas? ¿Acaso no sería yo un buen esposo para negarse tan obstinadamente á que nos casemos?

—Ya sabes que siempre ha tenido intención de hacerme tomar el hábito: consejos de mosén Lladós.

—Sí: consejos para apoderarse del dote de la *pubilla*.

—No digo que sea por eso; pero él siempre la ha inducido á que me encerrara en las Carmelitas.

—Aunque deba robarte y atravesar contigo las líneas francesas, no será, ni ahora ni nunca, que te sepulten en ese siniestro calabozo. ¿Y cómo podrías tú engañar á Dios amándome á mí? ¿Y cómo podrías jurar que renuncias al mundo si me quieres,

si me amas? ¡Cándida de mi alma! ¡No, no te verás nunca secuestrada bajo los cerrojos de un convento, porque ¡vive Dios! antes de que así fuese arderían la iglesia y la ciudad entera!

—Tus palabras me dan ánimo, Jordi. ¿Qué podríamos hacer?

—Si estás segura de que no ha de ser antes de Pascua, no hay que apelar al recurso que se me ocurre hasta la víspera.

—Mosén Lladós ha dicho que no podía ser hasta el día de Pascua.

—Siendo así, prométeme que harás solamente lo que yo te diga, si es que tienes confianza en mí.

—¡Confianza en ti! ¿Quién es mi dueño? ¿De quién soy yo? ¿A quién me di?

—Bien está. Yo te salvaré, nos salvaremos los dos, y viviremos siempre, siempre, uno al lado del otro. ¡Cándida! ¡Nada nos ha de separar! ¡Nadie te arrancará de mi corazón!.

—Dime, Jordi mío: ¿me prometes no volver á salir hasta ser esposos?

—Eso es imposible. Si mandan salir al batallón, ¿cómo no he de salir yo también?

—¿Y si te matan? ¿Y si quedas herido?

—Tranquilízate, vida mía. No me ha de acertar ninguna bala: tu escapulario me salvará de todos los peligros. Nadie muere hasta que le llega su hora, y, siendo así, ¿qué más riesgos de morir hay delante del fuego que flotando en una barca sobre el mar? Pues á fe que hartos temporales he corrido y aquí me tienes resuelto á arrostrar muchísimos más.

—No sé qué tienes que siempre me dejas consolada y tranquila. Pero oigo que dan las diez y mi madre extrañará la tardanza, pues le he dicho que iba por agua á la fuente.

—Hasta mañana, pues. Aquí mismo, como hoy.

—¡Cuánto tardarán en pasar las horas!

—Adiós. ¿Me quieres mucho?

—¡Con toda mi alma, con todo mi corazón!

Separáronse los dos amantes, y Jorge se fué por la Bajada del Rosario, atravesó la Rambla y se dirigió al cuerpo de guardia de la puerta de San Juan, donde estaba de retén.

Desde la muralla veíanse las hogueras del campamento francés, y como una masa negra se distinguía en lo alto de la colina próxima el fuerte del Olivo. Cruzábanse los *¡Alerta!* de los sitiados con los de los sitiadores, único rumor que turbaba el silencio de la noche.

Salió luego la luna, y á su pálido resplandor pudieron distinguirse las fragatas inglesas surtas en la ensenada que forma el cabo de Salou hasta la desembocadura del río. ¡Qué paisaje! ¡Cuánta poesía!

V

Jorge pensaba en Cándida, sujeta á una madre fanática é influída por un clerizonte avaro y sórdido. Desde niños habían sentido uno por otro invencible afición, trocándose en amor apasionado lo que antes fué infantil cariño. Era el marinero modelo de honradez y de valor, habiendo figurado en la desdichada expedición de Renovales al Cantábrico y siendo uno de los que lograron escapar con vida de los naufragios que distinguieron aquella descabellada empresa. Ausente durante seis años del lado de su amada, habíanse mantenido fieles y leales los dos jóvenes, siéndole negada á Jorge, á su vuelta, la mano de la niña una y repetidas veces. Desde entonces veíanse á escondidas ambos enamorados, no sin que la madre dejase de recelar siempre tales entrevistas. El temido día del noviciado iba, pues, acercándose rápidamente, y Jorge estaba resuelto á romper por todo antes de dejar que sacrificase á su adorada.

—Sí,—murmuró mientras, guarecido en la garita, observaba las cercanías del baluarte;—si ella quiere, todo está conjurado. No hay más que dejarla en casa del P. Lorenzo y tenerla allí oculta hasta que yo obligue al miserable clérigo á que haga variar de pensamiento á la otra. Por lo demás, ella tiene veintitrés años y es libre de casarse sin el consentimiento de su tiránica opresora.

Jorge veía á los franceses ir y venir, pasar sus rondas y patrullas, y hasta divisaba cómo se dirigía un grueso trozo de enemigos camino de Reus. Al fin empezaron á cantar los gallos y fué relevado de su puesto á las cinco de la mañana.

En el cuerpo de guardia reinaba la mayor algazara, cantándose coplas de subido color, más patrióticas que ingeniosas. Hablábase con entusiasmo de las salidas verificadas el día antes y del bizarro comportamiento de los milicianos.

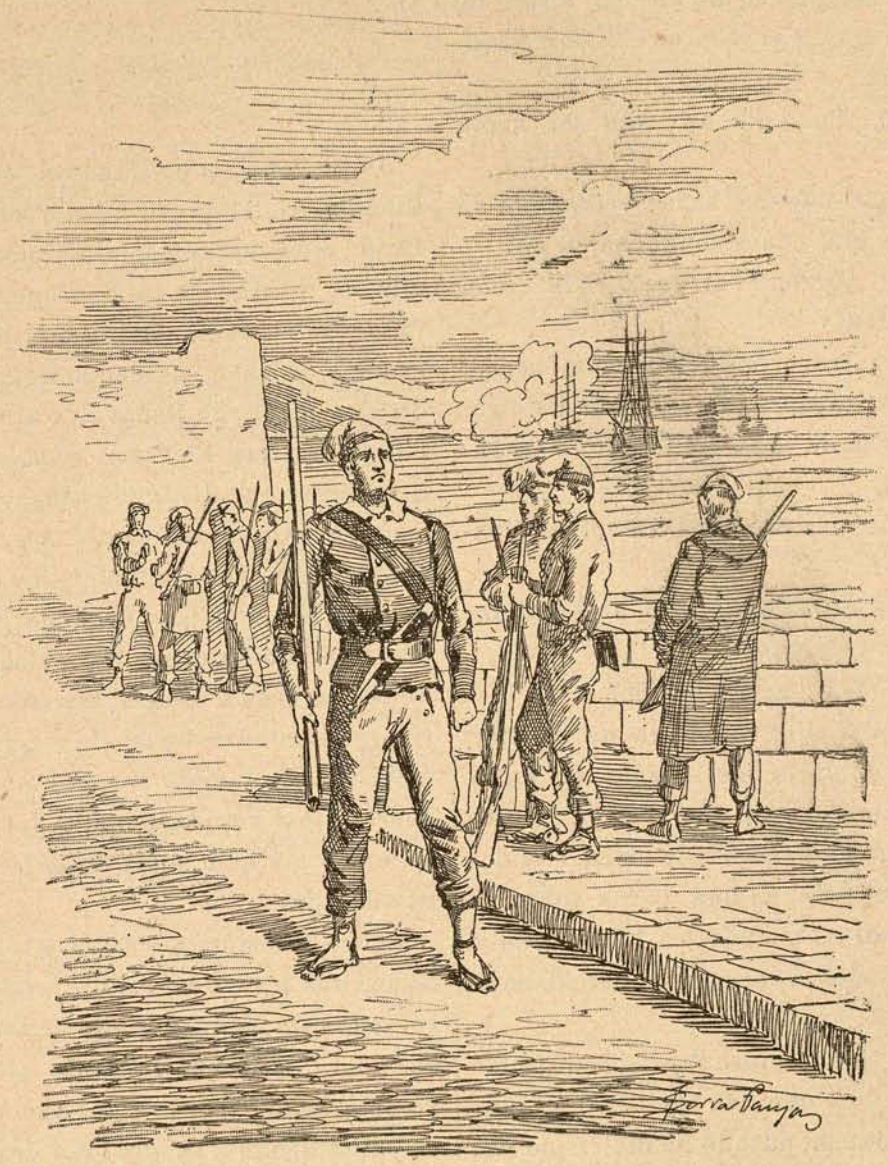
—La compañía que más valor ha demostrado es,

sin duda, la décima del segundo,—exclamaba el físico del cuerpo.

—¡Quiere V. callar, Sr. Santa Coloma!—respondió el ayudante del primero.—No dispute V. la palma á la quinta del primer batallón: esa es la que ha introducido la dispersión en las filas francesas. Yo vi cómo *Chamorro* y *Chicuelo* degollaban tres franceses cada uno.

—¡Hombre!

—Sí, señor: yo mismo lo vi.



Jorge

—Crea V., pues, que no los hacía yo capaces de tales hazañas.

—Estáis disputando sin ton ni son,—replicó un tercer personaje, hombre de pocas palabras.—Quienes han sido los héroes de la jornada han sido los marinos. *Jordi* parecía un león, y cuando hemos entrado por la puerta de San Francisco ha tenido que ir á lavarse corriendo, por estar lleno de sangre hasta los codos.

—Sí, es verdad: allí le dejaron una blusa para mudarse, pues en lugar de azul era roja la que traía.

Entró en esto Jorge y se sentó en el corro formado alrededor del brasero.

—Estábamos hablando, Jordi,—siguió diciendo su panegirista,—de que ayer tarde diste tú un ejemplo que deben imitar cuantos quieren acreditarse de valerosos y dignos. Nadie hizo correr tanta sangre francesa como tú, y el comandante ha hablado ya con el general para que el Gobierno te dé una recompensa.

—Yo no he hecho ni quiero nada, y os suplico no habléis más de esto,—contestó Jorge.—Vamos á lo que importa. ¿Qué irán á hacer á Reus los franceses? He visto que salía una columna hacia allá.

—Sin duda los migueletes amenazarán con entrar en la villa,—respondió el ayudante.

—Pues yo sé que también se preparan los migueletes para atacar á Montblanch. El señor D. Bienvenido habló con un oficial de ellos y le sugirió una idea para que pudiesen atacar con ventaja el convento de la Serra, que han convertido en fuerte.

—¡D. Bienvenido dando consejos sobre cosas de guerra! ¡Quién lo creyera!

—Sí tal; y me parece que su traza ha de producir buenos resultados. Ello es que manifestó á ese oficial de quien os hablaba que para acercarse al fuerte se cubriesen los migueletes con unas tablas acolchadas, imitación de una antigua máquina que usaban los romanos, y que de esta manera, convertidos en una especie de tortugas, les sería fácil colocarse al pie de los muros de la Serra sin detrimento. El oficial pareció muy satisfecho con aquella idea y aseguró que así atacarían y que ya le comunicaría el resultado que diese la estratagema.

—¡Ese D. Bienvenido es el hombre más sabio que se ha visto!

—Sí: más de lo que aparenta y mucho más de lo que se le concede.

De este modo siguió la conversación, hasta que llegó el día, disolviéndose entonces el retén hasta la noche y quedando sólo la guardia del baluarte.

VI

Pasaron de esta manera los tres primeros días del sitio sin que el enemigo demostrase todavía por qué punto pensaba abrir brecha, absteniéndose por su parte los sitiados de toda nueva salida. Súpose que los migueletes habían atacado efectivamente el convento de la Virgen de la Serra en la forma que les había aconsejado D. Bienvenido, y que cuando estaban ya á punto de prender fuego al edificio llegó un grueso trozo procedente de Reus que les obligó á desistir, por aquel día, de su intento. De resultas de aquella tentativa reforzóse la guarnición de la iglesia y se hicieron considerables obras. Parece que Rogniat quedó muy sorprendido al recibir el parte en que se le daba cuenta de la original estratagema de los migueletes, cayendo en la cuenta de que se habían valido de la *testudo* romana.

—¡En este país todo nos persigue!—exclamó.—Hasta la historia de la dominación romana se convierte en daño nuestro.

El francés había cortado el acueducto; pero Anastasio tenía ya terminado su ingenio y al punto en que dejó de manar la contigua fuente de la plaza brotó un grueso caño del fondo del pozo ciclópeo, siendo frenéticamente victoreados D. Bienvenido y su hábil colaborador.

En cambio los franceses pagaron cara su barbaridad; pues, sabedores los migueletes de que en la ciudad no hacía falta el agua, cortaron el acueducto más arriba de donde tenía sus reales el francés, y así no tuvo más remedio Suchet que distraer parte de sus fuerzas para vigilar el acueducto en un trecho de seis leguas, amenazado de continuo por los somatenes.

VII

Jordi y Cándida se vieron las dos noches siguientes en el llano de Palacio. Favorecíales la oscuridad y lo solitario del lugar, altamente á propósito para citas de enamorados. Limitaban la plaza por un lado algunas humildes casas de poca altura, y por el opuesto una elevada muralla á cuyo pie yacían ruinosas construcciones. A un extremo se levantaba la casa de Huérfanas y por el otro se extendía una explanada árida, con algunas pobres viviendas pegadas al lienzo de los muros.

Aquellos sitios, desiertos durante el día, parecían durante la noche la imagen de la soledad y del silencio. Todo era allí misterio y sombra, recogimiento y vaguedad. La mole imponente de la torre del Arzobispo parecía el gigantesco centinela de aquellos vastos parajes cubiertos de escombros, en donde la fantasía podía evocar á su placer todo linaje de apariciones y rumores.

La noche del 7 al 8 se vieron, como de costumbre, los dos amantes. Arrimados á una de las colosales peñas de que está formado el muro ciclópeo, murmuraban frases de apasionado cariño, cuando creyeron distinguir entre un montón de pedruscos una siniestra figura, semejante á negro murciélago de desplegadas alas.

Jorge se acercó, y, al ver que la sombra huía, corrió tras de ella, hasta que por fin cayó al suelo el fantasma al tropezar con un capitel que yacía por tierra.

—¡Aborto del infierno! ¡Bastardo seductor!—exclamó levantándose la sombra.—¡Al fin te he sorprendido! ¡Tú y esa perversa criatura vais á llevar vuestro merecido!

Jorge, primeramente asombrado, sintió agolparse á su corazón toda la sangre y subirle un vértigo á la cabeza. Pálido de coraje y sin saber lo que hacía, cogió por el cuello al que le había insultado y le arrojó violentamente al suelo.

—¡Condenado!—vociferó la sombra.—¡Me vas á asesinar como un cobarde!

—¡Vos, vos aquí, Lladós!—exclamó Jorge.—Gracias al cielo podremos de una vez arreglar nuestras cuentas sin testigos, á solas ante Dios que nos ve.

—¿Te atreverás á profanar estos sagrados hábitos que visto, villano seductor?

—¡Vive Cristo, que no será profanarlos si los arranco de vuestra miserable persona, indigna de revestir el traje de los ministros del altar! Mejor os sentaría ¡pardiez! la aborrecida hopalanda del judío que no esa sotana negra; pero el tiempo urge y no debemos perderlo en estériles disputas. Aquí se ha de decidir la contienda entre vos y yo. Acabemos.

—¿Qué vais á hacer?—repuso el clerizonte, no menos azorado que colérico.

En aquel momento pareció volver en sí Cándida, que había caído de rodillas trémula y anonadada al oir la voz del hombre negro. Púsose en pie, y, acudiendo á donde estaban Jorge y el cura, exclamó:

—¡Jordi! ¡Acuérdate de que tienes madre y de que yo he de ser tu esposa! ¡No te pierdas con ese hombre! ¡Ay! ¡No le mates: déjalo!

—¡Yo matarle!—respondió el joven con desdeñoso acento.—¿Cuándo ha sido él digno de que yo quiera su vida? Miserable pulpo, yo no he de hacer más que darle con el pie: no merece que le hiera mi mano. Oye, pues, cura: vas á salir al momento de la plaza.

—¡Yo!

—No me repliques, cura. Yo te conduciré ahora á la misma puerta del Socorro. Se abrirá el portillo y te marcharás á donde mejor te cuadre.

—¿Eso harás? ¿Y crees que no tengo yo medios para confundirte y hacer que se nieguen á cumplir tus órdenes?

—No eres tú capaz de que nadie te crea más que á mí. Además, hoy están de guardia allí los zapadores, todos amigos míos, y al momento harán cuanto les diga.

—Hablaré, gritaré ahora mismo, sí. ¡Favor! ¡Asesinos!

Jorge le tiró violentamente de un brazo y con voz colérica exclamó:

—¡Calla, bandido! ¿Quieres acaso que te haga fusilar por espía? ¿Me creías tan poco al corriente de tus cosas que no supiese todo lo que estás maquinando? Desde tu casa, cuyas ventanas dan vista al campo, se cruzan á todas horas señales con los enemigos.

—¡Mientes!—gritó desesperado Lladós.

—No digas eso, cura, que bien sabes que es toda la verdad lo que yo digo.

—Me quieres separar del lado de la madre de esa infeliz para casarte con ella y apoderarte de la dote; pero antes la matarás que consentir en que te dé á su hija.

—¡Calla, miserable!—gritó Jorge.—¿Qué sabes tú lo que es amar? Anda, anda, y hazte cuenta de que jamás has de volver ya á pisar el suelo de Tarragona. Sal de aquí y vete con tus amigos, infame *caragirat*, y no oses resistir mis órdenes si no quieres que pase contigo lo que le pasó á la efigie del conde de Alacha.

El cura, echando espumarajos de rabia, siguió á Jorge, y ambos se encaminaron á la puerta del Socorro, seguidos de Cándida.

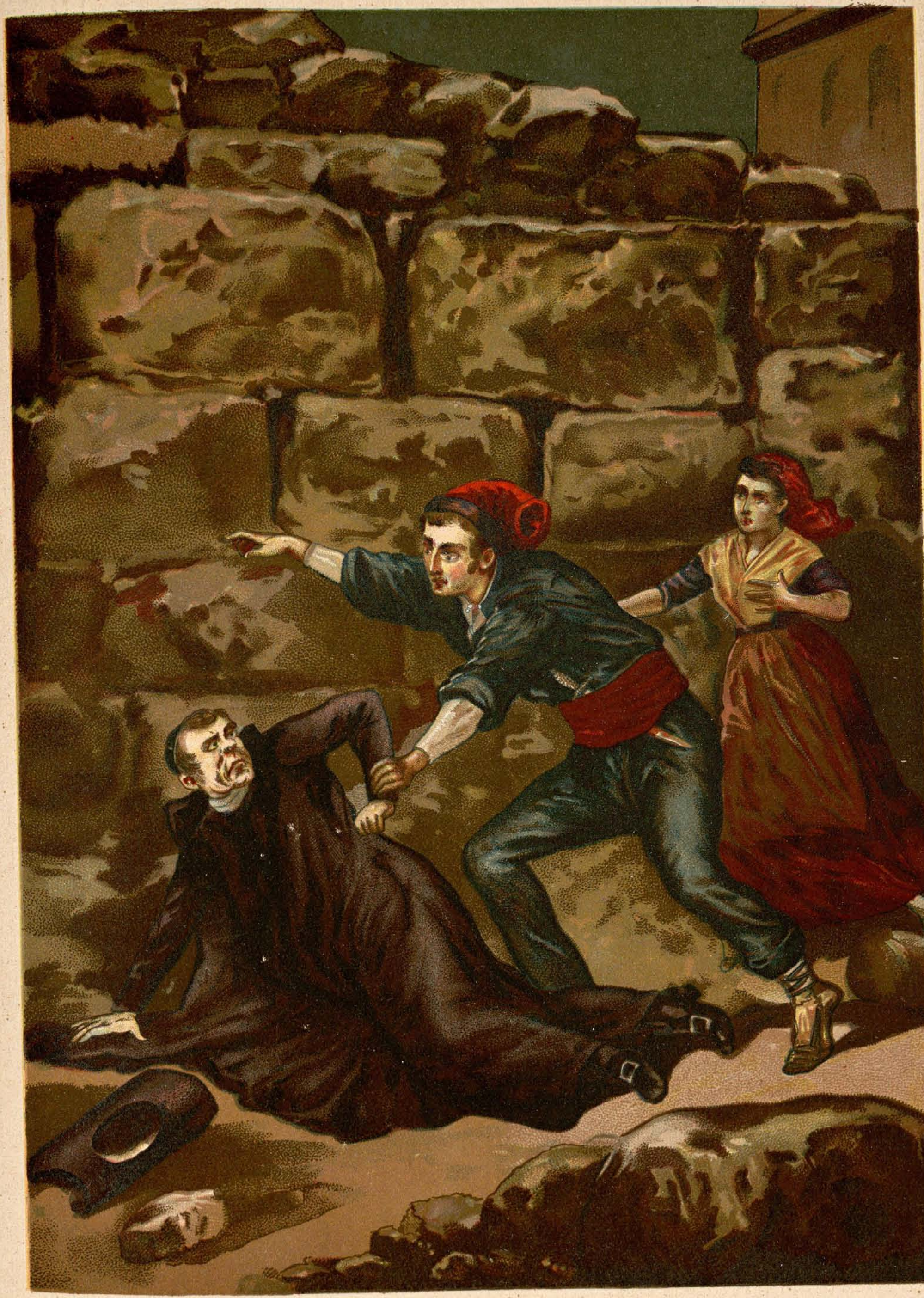
El centinela les dió el *¿Quién vive?*, y, al ir á contestar Jorge, echó á correr el cura, gritando:

—*¡Viva Napoleón!*

El centinela disparó, convencido de que eran enemigos, con tanto más motivo al ver que Jorge corría en pos del que había huído primero.

Inmediatamente salió la guardia, y, al ver á dos hombres que corrían por la calle de Puigdenpallas en dirección á los Descalzos, destacóse un pelotón para dar la vuelta por las calles del Portal del Carro y Puig d'en Sitjes, consiguiendo apoderarse de los dos desconocidos junto al convento de los citados frailes.

—¡Jorge!—exclamó el comandante de la guardia.—¿Qué es eso? ¿A qué traes de este modo á mosén Lladós?



—¡CONDENADO!—VOCIFERÓ LA SOMBRA

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA
Comunidad de Madrid

Jorge, en efecto, tenía fuertemente cogido por el cuello al indigno sacerdote, medio estrangulado.

—Iba á llevároslo para expulsarle de entre nosotros, haciéndole salir por el portillo del Socorro, cuando al dar el centinela el *¿Quién vive?* ha contestado del modo que habéis oído, echando á huir, con la piadosa intención de que una descarga me dejase en el sitio. Comprenderéis fácilmente que antes de deshacer el engaño me importaba no dejar impune su maldad, y por eso he seguido tras del traidor, olvidándolo todo ante su infame proceder.

—Creed que es así,—repuso una voz de mujer;—Jorge dice verdad.

—¡Tú aquí, Cándida!—exclamó un miliciano, un si es no es pretendiente suyo, aunque desgraciado.

—No le digas nada á ella, Miguel,—repuso gravemente Jorge,—ni te importe nada el por qué esté aquí. Ved qué hacemos de mosén Lladós.

—¿Y qué motivos tenías tú para que se le expulsase, Jorge?—preguntó el comandante de puesto.

—No soy delator. Si lo hacía es porque alguna causa habría para ello.

—Basta que tú me lo asegures para creerlo,—repuso el teniente Ribas.—Esto no obstante, conviene dar parte á la Junta para lo que haya lugar. Tal vez la expulsión no sea lo procedente y sea preciso más rigor.

—Yo cumplía con mi deber haciendo lo que hacía; pero desde ahora dejo á otros el cuidado de averiguar si ese hombre es ó no digno de permanecer entre los leales.

—Barrunto que habrá gresca,—exclamó un sargento.—Eso de querer comprometer á un honrado miliciano gritando *¡Viva Napoleón!* no tiene, en verdad, perdón de Dios.

—Vaya, pues: seguid ambos á donde está la Junta. Allí decidirán.

Eran en esto las diez de la noche y la pobre Cándida estaba aterrada, tanto por lo que ocurría como al pensar en el terrible escándalo que iba á haber en su casa cuando volviese á ella tras de tan larga ausencia.

VIII

No pensaba tampoco en otra cosa Jorge, y, así, llamando aparte á la joven, le dijo en voz baja, sólo de ella oída:

—¡Cándida de mi alma! Lo que tenía que suceder más tarde, ha sucedido hoy. No es mía la culpa, sino de ese villano. A no obligarle yo á salir, hubiérase ido corriendo á enterar á tu madre de nuestras entrevistas. Ahora ya es inútil ocultar nada. No puedes exponerte á volver al lado de la que llamas madre, y aun extraño como no haya parecido ya por aquí. Obedéceme en cuanto te diga. Vete ahora mismo á la casa de Huérfanas y pide allí hospitalidad para esta noche. Sor Dolores es buena y no te negará el asilo si le dices que yo se lo suplico. Mañana por la mañana vendrá á verte el P. Lorenzo y te dirá lo que haya que hacer. Confía en mí. Carlos te acompañará, pues no me atrevo á dejarte ir á solas á estas horas y por aquellos desiertos sitios. ¡Adiós! ¡Yo te salvaré! ¡Yo te ampararé! ¡Confía en Jorge!

Y, volviendo á donde estaba el pelotón, dijo á uno de los del grupo:

—¡Carlos! Pide al comandante te deje ir por un momento á tu casa, y acompaña á Cándida hasta la casa de Huérfanas. Nada digas, y que nada se trasluzca.

—¿Y si encuentro por el camino á su madre?

—La noche está oscura. Toma por la Falsa Braga y sal después por el Fuerte Negro.

—Tienes razón.

Al punto quedó concedido el permiso, y Cándida y Carlos se pusieron en marcha.

El resto de los hombres se dirigieron á la calle Mayor, donde estaba instalada la Junta. Nadie se enteró de lo que ocurría, en razón á que todo yacía en la más completa soledad.

Jorge dió de nuevo la explicación de lo ocurrido con la traidora contestación al *¿Quién vive?* El delito de Lladós era evidente; pero sobre los gravísimos motivos que habían inducido á Jorge á echar de la plaza á aquel mal clérigo no quiso el joven decir una palabra.

—Respeto vuestro silencio,—dijo el vocal que estaba de guardia;—pero será fácil enterarnos de si Lladós tramaba ó no tramaba algo practicando acto continuo un registro en su habitación.

Lladós perdió el color al oir aquellas frases, deshaciéndose en denuestos y maldiciones contra todos y prorrumpiendo en las más terribles blasfemias.

IX

A la luz de algunas linternas se puso en marcha la comisión nombrada para practicar la visita domiciliaria.

Después de alborotar la calle de Ermitaños con ruidosos aldabonazos, bajaron, por fin, á abrir la puerta. Era la sirvienta una gentil moza que no había cumplido aún los treinta abriles y que no demostró gran temor ante aquella fuerza armada. Entraron todos y quedó cerrada de nuevo la puerta.

—Condúzcanos V. al despacho del Sr. Lladós,—dijo el vocal.

La fámula les guió á un espacioso cuarto que recibía la luz por una ventana practicada en la muralla.

—¿Qué diablos hace el señor cura en esta ventana?—dijo un miliciano.—Todo el antepecho está lleno de cera. ¿Acaso pone aquí algún San Magín y le coloca velas? Pero ¡oiga! ¡También hay señales de haberse quemado aquí *montjuichs!*

Entretanto procedían otros á registrar la mesa y el armario, hasta que dieron con una carpeta de pergamino oculta en un cajón de doble fondo colocado en el interior del armario.

Eran comunicaciones del enemigo, algunas en clave y otras en escritura corriente. Encontráronse, además, linternas con cristales de varios colores, y una escala de cuerda muy larga y con barro reciente en los nudos.

En aquel momento llamaron de nuevo en la puerta.

—Baje V. á abrir; pero antes de dejar franca la puerta apague la luz,—dijo el vocal de la Junta á la criada.—Acompáñenla dos números y silencio todos.

Hízose así.

La persona que había llamado entró en el portal, y, como si estuviese muy habituada á pisar aquel terreno, no pareció prestar atención á la oscuridad que reinaba.

—¿Dónde está mosén Lladós?—preguntó de pronto.—¿Duerme ya?

—Di que sí,—exclamó en voz baja un miliciano dirigiéndose á la criada.

—Sí, Sra. Tecla,—contestó la moza.

—Bien: le despertarás en seguida. Di que le aguardo en la sala.

La Sra. Tecla era la madre de Cándida.

Quedóse en la sala, aposento muy apartado del en que estaban los milicianos.

La criada y sus dos acompañantes regresaron al cuarto del espía y dieron cuenta de la visita de la Sra. Tecla.

—¿Quién de vosotros se cree capaz de fingir bien la voz de mosén Lladós?—preguntó el vocal de la Junta.

—Para eso no hay como Maristany,—contestaron todos los presentes, menos el interesado.

—Pues bien, Maristany: no tiene V. más remedio que hacer de cura por algunos minutos y ocupar su cama. La Sra. Tecla entrará á verle á V.

—¡Hum!—repuso Maristany.—Mejor preferiría que me entrase el chocolate la *majordona* (1).

—Cuento con su discreción de V. Retírense todos y haya completa oscuridad y silencio. ¡Muchacha! Acérquese V. á la sala, sin entrar, y avise V. á esa señora que mosén Lladós la espera en su dormitorio. Le va á V. la vida á la menor imprudencia.

La criada cumplió exactamente lo ordenado, aunque algo temblorosa, y se encerró después en su cuchitril.

La Sra. Tecla entró en el cuarto y exclamó con voz llena de cólera:

—¡Mi hija no ha vuelto todavía á casa! Creo que no te empeñarás ya en demorar más la hora de obrar. Mañana haré lo que convenía haber hecho ya mucho tiempo antes: convido á comer á Jorge fingiendo una reconciliación, y á los postres le doy café.

—¡Hem! — murmuró el fingido presbítero. — ¡Hem! Eso, eso...

(1) Ama.

CAPÍTULO X

«Horrida mater»

I

Sí,—prosiguió diciendo la Sra. Tecla;—pues supongo no habrás cometido la tontería de ir á á espiarle y hacerle prender, como me decías esta mañana.

—No, no,—contestó su interlocutor.

—Créeme que no hay más que ensayar los polvos mañana mismo. Además, así veremos si sirven para el caso.

—Justo, justo,—repuso Maristany fingiendo admirablemente la voz.

—En caso de que Jorge reviente, le echaremos al pozo y buenas noches.

—Eso es,—replicó el otro.

—¡Oh qué hija nos ha dado Dios! Cree que es para hacernos purgar en vida nuestros pecados.

—¡Dios mío!—murmuró el pseudo-padre.

—Es desobediente hasta el exceso. ¡Y qué escándalo! ¡Hallarse fuera de casa á estas horas! Me dijo que iba á casa de su prima *Siona* á hacer un novenario á San Magín, y la miserable ni siquiera ha puesto allí los pies. ¿Cómo saber dónde habrá estado tantas horas?

—¡Hum!

—Lo que es esta noche la mato, la mato sin misericordia.

—Sí: mátala.

—¿Tú no los has visto, por supuesto?

—¡Quiá!

—¡Bien hecho! ¡Yo no aprobaba tu intento! Es un descastado, y, si te hubiese sorprendido espiándole á él y á su desvergonzada currutaca, Dios sabe de lo que hubiera sido capaz.

—¡Oh! ¡Sí!

—Además, yo no creo que se vean en ninguna calle ni plaza. Debe ser en casa de alguien que los encubre, tal vez en casa del P. Lorenzo.

—Eso es.

—La mandé seguir la otra noche; pero mi cuñado fué tan torpe que la perdió de vista al llegar á la plazuela de San Juan. ¡Ah! ¡Si yo tuviese las piernas más ligeras no hubiera tenido menester que nadie me ayudase!

—Sí, verdad.

—¡Pero, hombre, apenas hablas! Esto no puede seguir así y es preciso tomar en seguida una determinación.

—¡Hem! Los polvos.

—¿Te parece?

—¡Bien, sí!

—Pues entendido. Por de pronto esta noche la voy á encerrar á esa bribona en el establo, con el cerdo.

—Eso es.

—Mañana envío un recado á Jordi proponiéndole

hacer las paces, y cuando llegue la hora de tomar café le echo aquello en la copa y *tururut*.

—Sí: *tururut*.

—De esta manera sabremos si obra ó no el veneno.

—Eso es.

—Lo otro después. Desde hace algunos días me he hecho muy amiga de la tahonera *de la munición*. He entrado en el horno varias veces y todo esta lleno de sacos y barriles de harina descubiertos. Me llevaré papalinas de los polvos y los iré echando en cada saco.

—Pero pronto, pronto.

—¡Cuando pueda, hombre! ¡No parece sino que tengas más interés en envenenar á los soldados que á ese infame!

—No; pero...

—No sé cómo te encuentro esta noche. ¿Estás malo?

—La podagra...

—¡Bah! Es que comes demasiado. Toma un poco de crémor tártaro mañana. Pero me voy, pues están dando las once. ¡Ay de aquélla cuando ahora me la encuentre! Conque, adiós. Hasta mañana.

—¡Adiós, adiós, Tecleta!

Tecla dió algunos pasos fuera de la alcoba y murmuró:

—¡Qué oscuro está esto!

—¡Alto! ¡Daos presa!—dijo de pronto una voz imperiosa y amenazante.

En este momento salieron los milicianos con las linternas, exhalando Tecla un horroroso grito.

Precipitóse despavorida dentro de la alcoba, prorrumpiendo en desesperadas imprecaciones, y exclamó:

—¡José! ¡José! ¡La tropa!

Pero con mayor espanto que nunca vió que en lugar de José ocupaba la cama Maristany, siempre socarrón y jovial.

—Soy yo, Tecla. ¡Mosén Lladós me ha encargado que ocupara su puesto!

—¡Cobarde!—repuso la fiera viuda.—¡Tiene más alma que tú!

—No hay que gritar,—repuso el vocal.—¡Ea! ¡Marchen!

II

El grupo cruzó por el Llano de la Catedral y penetró luego en las Casas Consistoriales, donde estaba establecida al mismo tiempo la cárcel.

Jorge esperaba allí el regreso de los milicianos que habían ido á practicar el registro, y se paseaba con agitación por el patio.

Al rumor de la fuerza armada miró hacia la puerta y quedó helado de terror al ver entre bayonetas á la madre de su amante.

—¿Qué es eso?—preguntó á un sargento que formaba entre los que acababan de entrar.

—La Sra. Tecla y Lladós tenían arreglados unos polvos para envenenar el pan de la tropa; pero no es eso lo único, sino que mañana debían convidarte á comer y dártelos á ti en el café.

—¡Imposible! ¡Es una calumnia!

—¿Una calumnia? ¡Si ella misma lo ha dicho!

—¿Ella? ¿Cómo?

—Se figuraba que estaba hablando con mosén Lladós y hablaba con Maristany, oyéndolo todo nosotros, que estábamos ocultos en un cuarto contiguo.

—¡Oh desgracia!

—No hay más. Les hemos de ahorcar á los dos. ¡Habráse visto mayor infamia! ¡Tratar de envenenarte á ti y á la tropa!

—Gori: ¿es cierto todo cuanto dices?

—¡Pues, hombre, claro está que sí! Hemos descubierto cosas asombrosas. Según resulta, la Cándida es hija de esos dos tigres. ¡Vaya, que poco se lo creería el difunto *Pau de la Verema*, que tanto quería á su chiquilla!

Jorge, de cada vez más aterrado, no sabía qué responder, hasta que vino á sacarle de su turbación un oficial, que le dijo:

—¡Jorge, estás libre! Puedes retirarte cuando quieras.

El joven no tenía ánimos para dar un paso y tuvo que sentarse en un poyo. De pronto le hizo estremecer la aparición de un siniestro grupo. Vió pasar ante sí un cura entre dos milicianos, precedidos del carcelero, y luego una mujer, escoltada también. El farol del zaguán alumbraba aquella escena. Jorge, mudo de espanto, oyó luego ruido de puertas, cerrojos y cadenas, y después de un rato aparecieron de nuevo los milicianos, pero sin el cura ni la mujer.

Gori vió á Jorge, y, acercándose á él, le dijo:

—¿Qué es eso? ¿Te va á dar algo? ¡Ea, valor! No les tengas lástima.

—Déjame, Gori. ¿Está ya en el calabozo la señora Tecla?

—Sí. Dice que quiere matar á su hija, que la ha vendido.

—¡Desgraciada!

—No he visto fiera como aquella. Oye: desde aquí se dejan sentir sus gritos, y eso que está en un subterráneo donde no entra un rayo de luz.

—Adiós, Gori,—exclamó súbitamente Jorge.—Adiós. No tengo valor para estar más tiempo aquí.

—Sí: vete, Jorge. Y, si algo puedo hacer por ti, sabes que te serviré al momento.

El motivo por que Gori había dicho á Jorge que se fuera era por el temor de que oyese las terribles blasfemias y amenazas que contra él profería la presa, cuyas palabras llegaban á veces distintamente hasta el zaguán.

III

Jorge se dirigió á casa del P. Lorenzo, no temiendo interrumpir su sueño. No eran más que las doce de la noche; pero, en tan pocas horas, ¡qué terribles trasformaciones en su suerte! ¡Qué inesperados acontecimientos! ¡Qué mutaciones tan dolorosas!

El P. Lorenzo era un modelo de sacerdotes caritativos y humildes. Viejo ya, se consagraba por completo á remediar las necesidades de los pobres, haciéndolo siempre ocultamente y repartiendo de continuo abundantes limosnas, en lo cual invertía su patrimonio y la asignación que le correspondía como beneficiado de la Catedral. Había sido en su juventud notable predicador, renunciando repetidas veces las mitras que se le habían ofrecido. Era de mediana estatura, de rostro afable, cariñoso en su trato y respetado por todos. Su amistad con Jorge procedía de cuando la epidemia empezó á cernerse sobre la plaza. Jorge se prodigaba en auxilio de los atacados, y el P. Lorenzo no hacía otra cosa tampoco, siendo de este modo mutuos testigos de sus caritativos actos.

En todo tiempo ha sido modelo de abnegación y desprendimiento la clase marinera de Tarragona, y en todas épocas ha contado en su seno héroes que se han sacrificado sin reparo para hacer bien á los demás. Avezados los marineros á luchar con las embravecidas tormentas del mar, ostentan igual valor al combatir las calamidades que de vez en cuando afligen á los pueblos.

El P. Lorenzo, pues, profesaba tiernísimo cariño á Jorge, que éste pagaba con ciega confianza y profundísima veneración. El marinero no vaciló en dirigirse al sacerdote y llamó á su puerta.

No tardó ésta en abrirse, y el joven subió rápidamente las escaleras, penetrando en la modestísima habitación del anciano cura.

Vivía éste en una humilde casa de la calle de la Nao, divisándose desde allí el anchuroso mar, plateado por los rayos de la luna en aquel entonces.

—¡Padre!—exclamó Lorenzo.—¡Ocurren cosas espantosas, cosas inimaginables!

—¡Jorge! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

El joven le refirió todo lo que había acontecido aquella noche, sin disimularle ni ocultarle nada. A cada pormenor arrasábanse en lágrimas los ojos del pobre viejo. Cuando Jorge acabó de hablar, el P. Lorenzo se encontraba sin fuerzas para pronunciar una sola palabra.

Largo rato duró el silencio, hasta que el anciano exclamó:

—¡Sólo un milagro de Dios es capaz de evitar una catástrofe!

—Bien: pero ¿qué haremos de Cándida? ¿Qué le digo? ¿Cómo la entero de que su madre está próxima tal vez á ser condenada á muerte?

—No la veas tú por ahora. Yo iré á llevarle la fatal noticia, y desde hoy en adelante tendrá en mí quien la proteja y la sirva de arrimo.

—¿Y yo?

—Tú serás su esposo cuando yo disponga. Ahora déjala que llore y que rece.

Aquellos dos hombres de corazón de oro estuvieron juntos toda la noche. La bondad del P. Lorenzo era tanta que Jorge sentía como un bálsamo consolador á cada palabra del santo sacerdote.

—Amala, Jorge, y hazla dichosa cuando llegue el día,—exclamó el cura.—Entretanto, déjalo todo para mí. ¡Esta es mi misión! Cumple ahora con tu deber y piensa que ante todo perteneces á la patria.

En aquel instante escuchóse un violento cañoneo, extraño en el silencio de la noche, y Jorge se asomó á una ventana.

Era la escuadra inglesa, que había roto el fuego contra los franceses, que levantaban un reducto junto al mar, á la derecha del río.

IV

Jorge se despidió de su amigo al amanecer, y al oir el toque de llamada se fué á su casa en busca del arma para dirigirse al cuartel.

Su madre, inquieta por no haber visto á su hijo durante tantas horas, no pudo menos de notar las señales de las violentas emociones que había experimentado aquella noche, y exclamó:

—Jorge, no quieras ocultarme que te agobia un gran pesar. ¿Qué ocurre?

—Nada, madre mía. Creed que no tengo nada y que estoy más alegre que nunca. Vamos á tener fuego otra vez con los bandidos, y bien comprenderéis que este es para mí el motivo más poderoso para estar animado y satisfecho.

—Tu cara no expresa nada de lo que dices. ¿Te ha pasado algo con Cándida?

—No, madre.

—¿La viste anoche también?

—La vi, sí, ¿Por qué me preguntáis eso?

—¿Y á qué hora te despediste de ella?

—Tarde.

—Muy tarde sería, pues á las once de la noche no había vuelto todavía á su casa.

—¿Cómo sabéis eso, madre?

—La Sra. Tecla preguntó al tonelero de enfrente si habías vuelto tú, diciendo que su hija no había comparecido todavía, y serían ya cerca de las once.

—Es verdad: estábamos distraídos.

—¡Jorge! ¡Tú me engañas con tus palabras, pues en tu cara se adivina bien que estás muy trastornado!

—¡Madre! ¿No oís ruido de tiros y cómo redoblan los tambores? No abrigueis esos cuidados y dejad que vaya al punto á reunirme con el batallón. Adiós, madre. Hasta la noche.

—¡Ay, hijo mío!—exclamó la pobre mujer.—¡Qué desgracias habrán sobrevenido! ¡Dios haga que no vengan sobre nosotros más desventuras que las del sitio!

El cañoneo era terrible.

Las campanas repicaban á rebato y por todas partes se oía el redoble de tambores tocando llamada á la carrera.

Los franceses comprendieron que el lado más débil de la plaza era la muralla que desde el baluarte de San Pablo se extendía hasta el mar, paralela al río, destinada á resguardar el arrabal.

Para tomar aquel lienzo había precisión de alejar de la costa á la escuadra, y con aquel objeto principiaron á construir el reducto que hemos dicho al otro lado del Francolí. La escuadra había hecho un vivo fuego contra los franceses, y lo mismo el fuerte español levantado en la margen izquierda del río casi tocando con la muralla, junto á unas lagunas pobladas de junqueras y plantas acuáticas.

Los franceses sostuvieron bien el fuego y pasaron adelante con su intento. El reducto quedaba terminado al anochecer, demostrando la gran pericia de Rogniat, empeñado en hacer de aquel sitio un dechado de precisión matemática. Y, efectivamente, si nos es dado prescindir por un momento de la pasión en favor á todo lo que sea español, debemos manifestar que los franceses se mostraron admirables en todos los trabajos de brecha, practicados con magistral corrección.

La decantada moderna ciencia de los prusianos quizás queda muy por debajo de la fría y estudiada táctica de los franceses en el sitio de Tarragona. La artillería de Suchet se convirtió allí en una asamblea de calculistas.

Llevábanse registros de todas clases, escribianse memorias, resolvíanse ecuaciones, y de todo se hablaba menos de valor y arrojo. Era una obra de demolición llevada á cabo con un esmero digno de una vivisección.

La infantería enemiga murmuraba de tanta exactitud y rugía de impaciencia por dar el primer ataque á la brecha; pero la artillería seguía en su tarea y los ingenieros en su calmosa obra. Aquello no eran los terribles asaltos de Gerona ni las épicas embestidas de Zaragoza: era la obra de una destrucción sabia ante una resistencia tenaz.

Suchet daba pruebas de ser un general entendido.

V

Jorge fué, por la noche, á ver al P. Lorenzo.

—¿Y Cándida?—preguntó lleno de ansiedad el joven así que vió al anciano.

—Se encuentra aquí. La pobre está verdaderamente enferma desde que la han enterado de todo lo ocurrido.

—¿Conque se lo habéis revelado? ¡Oh padre mío! ¡Qué tormento habrá sido el suyo!

—No, Jorge: no he sido yo el portador de las

infaustas nuevas. Harto se ha apresurado á ir á contárselo su buena prima, esa Siona, sacristana perpetua de no sé qué santos y santas; pero, en suma, envidiosa y murmuradora, celosa de la belleza de Cándida. Yo ¿qué había de hacer? Le he dicho que su madre estaba detenida por unos días á causa de una calumnia y que no tardaría en ser puesta en libertad. Apenas si he podido estorbarla de que fuese á las Casas Consistoriales; pero, por fin, la triste naturaleza ha alcanzado más que yo, y, rendida y sin aliento, ha tenido la infeliz que echarse en cama, presa de lamentable delirio.

—¡Virgen santa de la Soledad! ¡Oh padre! ¡Dejadme que la vea!

—Vas á aumentar su agitación. He mandado llamar en seguida á Santa Coloma, el médico, y me ha recomendado la más completa quietud y silencio.

—Pero ¿creéis que no hay peligro?

—No, hijo mío. ¿A qué albergar en tu corazón nuevos tormentos? Bástete con los terribles sinsabores que te están acibarando el alma y no quieras forjarte nuevos motivos de inquietud.

—¡Cuán bueno sois, padre mío! Sabiendo que Cándida está bajo vuestro amparo, sí, es verdad, no temo nada por ella. Vos sabréis cuidarla y Santa Coloma la salvará: estoy cierto de ello. Pero decidme, padre: ¿no os pesará tenerla en vuestra casa hasta que llegue el día venturoso en que pueda yo hacerla mi esposa ante Dios?

—No hables así, Jorge. Cándida estará aquí toda la vida si preciso fuera, y no ha de tardar mucho sin que tú la veas; pero eso será cuando no pueda acarrearle ningún peligro. Ahora voy á ver á su madre. ¡Dios haga que haya para ella misericordia!

—¿Sabéis que está privada de comunicación?

—El P. Lorenzo sabe hacerse abrir todas las puertas. Espérame aquí; pero guárdate de cometer ninguna imprudencia. Sé capaz de dominar los impulsos de tu querer y darás una nueva prueba de que eres hombre.

—Padre, id con Dios y confiad en mi palabra: no veré á Cándida.

El buen anciano tomó su bastón para apoyarse y se encaminó á la cárcel, pidiendo al alcaide le dejase ver á la Sra. Tecla.

Era la hora en que se repartía el primer rancho á los presos. El carcelero se disponía á bajar al calabozo de la madre de Cándida, y, después de una débil resistencia, accedió á que el P. Lorenzo le acompañase.

Horrible era la mazmorra en que yacía la desventurada presa. Aquel antiguo subterráneo, cavado en la roca viva, había servido en lejanas épocas de encierro á las fieras que debían combatir en el circo. Lóbrego, lleno de humedad, estrecho, fétido y frío, más que calabozo era aquello una guarida propia de un tigre ó una pantera. Un ser humano tenía que morir de horror al contemplarse sepultado en aquella inmunda covacha, sin más lecho que un montón de paja corrompida, ni más aire que el que penetraba por un estrechísimo tragaluz practicado en el suelo de las cuadras del piso bajo.

El carcelero dejó en el suelo la linterna que llevaba y dijo:

—Ahí fuera hay un cura que viene á veros.

—¿Un cura? ¿Es mosén Lladós?

—Ese está, poco más ó menos, como vos, aunque con esposas. Pero ved: ahí está ya el que os decía.

Adelantóse el P. Lorenzo y exclamó en tono grave:

—Tecla, creo que no os molestaré si vengo á compartir por un momento vuestra tribulación.

—¿A qué venís aquí?—repuso desabridamente la presa.—¿Traéis acaso el encargo de sonsacarme lo que todavía no se haya descubierto? ¡Ah, infames! ¡Infames todos vosotros! ¿Creéis que no me figuro que estamos presos por habernos delatado aquella mala hija que parí en hora maldita? ¡Y vos, vos, el amigo de aquel tahur de marinero, habréis contribuído, sin duda, como el que más, á que nos pusiesen á la sombra! ¡Claro está! Así no estorbaremos, así podréis apoderaros de todos mis bienes y gastároslos en comilonas y mujerzuelas. ¡Pillos! ¡Herejes! ¡Demonios!

El P. Lorenzo repuso, sin dar muestra alguna de enojo ni resentimiento:

—¡Tecla! ¡No estáis para hablar así! Vuestra hija está muy enferma desde que le han dicho que os habían conducido aquí. La tengo en mi casa, y venía á pediros que me dijerais qué intenciones tenéis respecto á ella. En cuanto á Jorge, le conocéis muy mal si habéis dicho de veras las palabras que habéis proferido contra él. Tecla, en vez de entregaros á esos arrebatos de ira, poned la confianza en Dios y rogad que os saque en bien de esta tremenda si-

tuación en que os encontráis. Mostraos con vuestro arrepentimiento digna de la misericordia de los que os han de juzgar aquí en la tierra, y perdonad á cuantos os hayan ofendido y á cuantos profeséis odio y mala voluntad para que seáis á vuestra vez perdonada. Los instantes son preciosos: no los desaprovechéis dando á conocer la flaqueza de vuestro corazón. Mostraos humilde y contrita, llorad: eso os hará bien.

—No parece sino que os estáis mofando de mí,— exclamó Tecla.—Yo no sé perdonar, yo no sé mentir, yo no sé decir una cosa con la boca y sentir otra en el pecho. Mirad cómo soy, que moriría contenta en la horca si conmigo ahorcasen también á esos dos malvados que me han perdido.

—¡Tecla! ¿Será posible que seáis madre?

—¡En mal hora lo soy! ¡Y, si la tuviera aquí á esa malvada, aquí mismo la había de hacer trizas y comerme en vuestra presencia su infame corazón!

—¡Dios mío! Pensad, Tecla, que estáis diciendo tan horrendas palabras que no parece sino que os las inspira un espíritu infernal.

—Idos, idos, porque siento crecer mi cólera á medida que os oigo. En cuanto á *aquella*, no quiero que la tengáis un minuto más en vuestra casa, para que allí pueda estar á todas horas á disposición de Jorge. Aunque se esté muriendo, quiero que acto continuo la lleven á casa de mosén Lladós.

—¡Nunca!—replicó el cura.

—¿Que no? ¿Acaso una madre no tiene derecho á hacer con su hija todo lo que se le antoje?

—Estáis equivocada. ¿Yo consentir que una infeliz doncella sea entregada á la abominable custodia de esa *majordona* de mosén Lladós, de quien es público el relajamiento y la codicia? Yo haré que, lo que es ahora una obra de caridad, sea en breve un mandato de la ley. Y nadie, ni vos misma, podrá venir á arrancar de mi honrada casa á la hija que os concedió el cielo, equivocado, sin duda, al creeros con entrañas de madre, cuando las tenéis de fiera.

—¡Vete! ¡Repito que te vayas, mal sacerdote, encubridor de torpes amoríos! ¡Pero por tu alma que, el día que entren aquí los franceses, yo misma he de ir á arrastrarte por las calles, y yo misma he de apretar el dogal con que ahorquen á aquella perdida que te has llevado por manceba tuya!

El P. Lorenzo salió contristado del calabozo, perseguido por la imprecación de la fiera humana que estaba allí encadenada.

Al verle volver lloroso y con el rostro desencajado, comprendió Jorge que había mediado alguna violenta escena y no se atrevió á preguntarle nada. Bajó los ojos al suelo, y, sin fuerzas para sostenerse, asemejaba el pobre marinero la imagen del dolor.

Pasó así un breve rato, que pareció interminable, hasta que el P. Lorenzo, levantándose y poniendo su mano sobre el hombro de Jorge, exclamó:

—Sí, hijo mío: todo ha sido inútil. Aquella desdichada no quiere oir hablar de olvido ni perdón. Sólo amenazas y blasfemias han salido de su boca, hasta parecer imposible que un ser dotado de entrañas de madre pueda proferir tamañas monstruosidades. Sin embargo, tenemos el deber de trabajar por la salvación, no sólo de su alma, sino de su vida. Hagamos lo que nos dicte el corazón, y, si otro estímulo no fuese menester, hagámoslo por esa desventurada niña, sobre la cual va á caer tal vez el estigma de una pena infamante, exigida por la tremenda traición de los que le dieron el ser.

En este momento se oyó una débil voz que llamaba al P. Lorenzo. El buen sacerdote entró en el cuarto de la enferma.

—¡Padre! ¡Qué sueño tan espantoso me ha atormentado desde que no os he visto! ¡Mi madre, mi madre, colgada de una horca, y una nube de negros cuervos destrozando sus carnes! ¡Y cómo me miraba con las cuencas de sus ojos vacíos! ¡Qué muecas tan horribles me hacía con su boca descarnada! ¡Cómo movía hacia mí los brazos, lívidos y crispados! ¡Oh padre! ¿Dónde está mi madre? ¡Madre de mi vida! ¡Madre mía de mi alma!

—Serénate, Cándida. ¡Qué locuras estás diciendo! Tu madre está buena, deseosa de abrazarte, y no ha de tardar en volver á casa, donde las dos viviréis siempre felices y dichosas.

—Pero yo ya me siento bien. Llevadme á verla. Me parece que hace un año que no la he visto. ¡Qué mala he sido! ¡Pobre madrecita! Vamos, vamos al punto hacia allí. Decid que me traigan en seguida la ropa para vestirme. ¿Qué hora es ya?

—Cándida, eso que pides es imposible por hoy. Tienes todavía calentura, y el médico ha prohibido en absoluto que te agitaras. Yo acabo de ver á tu madre y te puedo asegurar que no le pasa nada malo. Por tu bien y por el suyo conviene te cuides ahora, y luego que no haya peligro alguno iremos

los dos allí, aunque tal vez ella salga antes de lo que creemos.

Cándida no contestó: miró con ojos extraviados al anciano, y, presa de una violenta convulsión y exhalando agudos gritos, exclamó:

—¡Mi sueño! ¡La han de matar! ¡A la horca! ¡Madre! ¡A la horca!

Pegado á la cortina que separaba la alcoba del cuarto estaba Jorge, entregado á la más desesperada desolación.

Cándida vió al trasluz la sombra del joven, que, siguiendo en su delirio, empezó á murmurar trémula y despavorida:

—¡El verdugo! ¡Miradlo! ¡Allí está! ¡Ha de matar á mi madre! ¡Él es! ¡Él es!

Jorge, fuera de sí, apartó bruscamente la cortina y corrió hacia la enferma.

—¡Vida mía! ¡Cándida!—exclamó.—¿No amas á tu Jorge? ¡Mírame! ¡Soy yo, yo, que te quiero más que nunca, triste mía, Cándida, Cándida!

La joven le miró con espanto y quedó desvanecida.

En aquel momento oyéronse en la calle música y gritos de alegría, junto con vivas y aclamaciones.

Era el marqués de Campoverde, que acababa de desembarcar de Mataró y era conducido en triunfo á su casa en medio del más frenético entusiasmo, del más indescriptible alborozo.

Mientras los demás se entregaban á tales demostraciones de júbilo, el P. Lorenzo y Jorge contemplaban, mudos de dolor, el semblante de Cándida, blanco como el mármol. De pronto pareció que Jorge despertara y exclamó:

—¡Se muere!

Y, dando un salto, abrió la puerta y se precipitó corriendo á la calle en busca de Santa Coloma, tropezando con un gentío inmenso que no cesaba de aclamar al recién llegado general.

CAPÍTULO XI

Rosita la calesera

I

Aunque no necesitaban los tarraconenses que viniesen auxilios de fuera para sentirse alentados y mantenerse decididos á defender hasta morir la ciudad que les vió nacer, con todo, la llegada de Campoverde aumentó, si cabe, el general entusiasmo, más por poder contar con un jefe simpático que por los refuerzos que traía.

Efectivamente, los dos mil hombres que vinieron con él de Mataró no desembarcaron en la plaza, sino que fueron destinados á operar en el territorio vecino, con encargo de hostilizar á Suchet y estorbar en cuanto fuese posible sus comunicaciones.

Los franceses tenían precisión de apoderarse previamente del fuerte del Olivo para asegurar su ataque contra el recinto; pero era esta una empresa más para deseada que para ser llevada á cumplido efecto sin dificultades, por reunir el fuerte, á su estratégica situación, poderosos medios de defensa, aunque no tan perfectos como hubiera sido menester.

Gran confianza reinaba en Tarragona respecto á la suerte futura de aquella fortificación, tenida por inexpugnable y suficientemente guarnecida. Cada día acudían multitud de curiosos á presenciar desde la torre del Arzobispo y el fuerte de Staremberg las salidas que hacía la guarnición del castillo, siempre con grave quebranto del sitiador, para el cual se hacía ya intolerable aquella situación.

Corría la noche del 13 al 14 de mayo, oscura y lluviosa, cuando se escuchó de pronto un recio cañoneo hacia aquella parte. Los franceses estaban atacando, en efecto, unos parapetos avanzados que servían de amparo al fuerte, acumulando numerosos batallones para apoderarse de ellos.

Mandaba allí el denodado jefe D. Tadeo Aldea, uno de los defensores de Gerona, y, envuelto por aquellas espesas masas de contrarios, vióse obligado á retirarse tras de una larga y obstinada resistencia para evitar que cayesen prisioneras las tres compañías que defendían las obras; mas no por eso desmayaron los defensores del castillo. Aprovecharon los franceses el resto de la noche para atrincherarse formidablemente en las recién conquistadas posiciones, y, una vez bien fortificados allí, enviaron parlamentarios al Olivo proponiendo una capitulación. Los españoles respondieron á cañonazos y destacaron tres columnas al mando de Aldea para ir á recuperar las perdidas trincheras. Terrible fué el ímpetu con que los nuestros embistieron, dando ejemplo de sin igual heroísmo los valerosos oficiales del regimiento de Iberia. Allí cayeron atravesados á balazos varios de ellos, que habían conseguido plantar ya

nuestras banderas dentro de los primeros parapetos; pero, gracias á las nuevas trincheras levantadas por los franceses en pocas horas y á la numerosa artillería que trasportaron para su defensa, no fué posible reconquistar dichas obras avanzadas, resultando inútil tanto heroísmo por parte de los intrépidos soldados de Iberia.

Al rayar el día mandóse practicar un reconocimiento á orillas del mar. Salió una columna á las órdenes del general D. José San Juan, y causó gra-

Rosita la calesera

ves daños en los puestos que iba sucesivamente sorprendiendo.

Los franceses fueron á refugiarse apresuradamente en el reducto que habían construído á la otra parte del río, molestándoles allí la escuadra con certero fuego. Hubo de acudir á todo correr el general Habert, retirándose entonces los nuestros en buen orden, deseosos de volver á salir cuanto antes para continuar hostilizando á los sitiadores y destruir las obras que construían.

II

Hombres y mujeres se ocupaban febrilmente en la defensa. El odio á los franceses se centuplicaba en vista de las crueldades cometidas con algunos infelices labradores que no habían tenido tiempo para retirarse á la ciudad ó habían sido cogidos al intentarlo: pobres ancianos, mozos inofensivos ó jornaleros fiados en su propia insignificancia para no temer nada de las huestes francesas. En este nú-

mero figuraba un pobre calesero, casado y padre de familia, bárbaramente ahorcado por los soldados de Palombini al regresar de la fuente de las Moriscas, al pie de la montaña del Lorito, sin que hubiese cometido otro delito que ir allí en busca de agua para alivio de un hijo que tenía enfermo.

Llena de ansiedad la esposa de aquel desventurado, no vaciló en salir de la plaza, dirigiéndose al Lorito, tropezando á mitad del camino con el cadáver de su esposo colgado de una encina. Ante aquel espantoso espectáculo, no corrió el llanto por las mejillas de la viuda, sino terrible juramento de vengar con creces la muerte de aquella víctima infeliz.

Rosita, que así se llamaba la infeliz, regresó á la ciudad después de haber enterrado por sí misma al adorado esposo, colocando una cruz, formada con dos ramas de encina, en el sitio en que yacía el cadáver del ahorcado.

Pronto se esparció por la ciudad la noticia del funesto fin del calesero. Era el difunto muy apreciado por toda clase de personas como dechado de honradez y generosidad. Muchos le estaban agradecidos por favores recibidos, otros le querían por su jovialidad, y hasta quizás había alguna dama que le admiraba como el más diestro jinete de la plaza. Mucha gente acudió á hacer presente su sentimiento á la viuda por la desgracia que la afligía, pasmándose todos al verla con los ojos enjutos, si bien contraída y ceñuda la cara, cual si estuviera dominada por secreta resolución.

Ocupaba Rosita uno de los primeros lugares entre las más bonitas mujeres de la ciudad, por sus hermosos ojos azules, garboso aire y espléndida cabellera rubia. Risueña y decidora, parecía no haber conocido nunca la tristeza, por lo cual fué verdaderamente extraña la impresión que produjo en cuantos la vieron aquella sombría expresión que tomó su rostro á la muerte de su marido. No era dolor lo que reflejaba su cara, sino reconcentrada ira y sangrienta intención.

Pasaron así cuatro días, sin que se hubiesen verificado nuevas salidas, cuando en la madrugada del 18 oyóse redoble de tambores batiendo marcha.

El general San Juan, al frente de dos regimientos de línea y de un batallón de milicianos, se dirigía de nuevo al arrabal, sin duda para verificar otra salida.

Rosa saltó de la cama apresuradamente al oir el marcial rumor, y, vistiéndose con rapidez, escondió en su seno un puñal, tomó una cortante hacha, colocóse dos pistolas en la cintura, y salió rugiendo, terrible y pálida.

No tardó en alcanzar á los expedicionarios, y junto con ellos salieron todos por un portillo abierto en el baluarte de San José, no lejos del río, levantándose otra vez el puente levadizo después que hubieron pasado.

La calesera no quiso obedecer la orden que se le dió de mantenerse á retaguardia, sino que se colocó al lado de la primera fila de la vanguardia, formada de granaderos de Almansa.

La columna atravesó la huerta de la izquierda del río, y, vadeando este, se dirigió á atacar las obras que levantaban los franceses á la otra orilla.

El entusiasmo de los nuestros no conocía límites, y, sin reparar en nada, con agua hasta la cintura, se encontraron en un momento á la parte opuesta del Francolí.

Los franceses, inmutados por un momento ante la rapidez de aquella marcha, empezaron á hacer un fuego terrible; pero los nuestros, ávidos de luchar y poseídos del más ardiente afán de vencer ó morir, se precipitaron contra las trincheras enemigas con la bayoneta calada y la navaja entre los dientes.

Al frente de todos iba una mujer blandiendo un hacha.

Rápida como un rayo, aquella hacha hendía, segaba, destrozaba y hería. Parecía que una furia del Averno se cerniese sobre los defensores de los parapetos, quienes caían en tierra redondos, sin cabeza, sin miembros, abiertos, partidos. Dentro del recinto atacado sólo se veía una balsa de sangre, mientras el hacha corría de una parte á otra, volaba, relampagueaba, se hundía, surgía de nuevo en alto, rodaba y volvía á centellear, lanzando sangre, cabellos, piltrafas, jirones de uniformes, restos de cráneos, trozos humanos, briznas y miembros.

Los nuestros habían caído furiosamente sobre los defensores de las obras empezadas junto al reducto. No se oían tiros. El combate era cuerpo á cuerpo, á la bayoneta, á navaja. Los franceses estaban sobrecogidos, aterrados. Su esgrima era impotente contra aquella lucha africana; pero, más que nada, les daba espanto aquella terrible hacha, que partía cráneos sin cesar, sin tregua, sibilante y horrible como si la agitara un espectro.

Los franceses, diezmados, guillotinados, destripados y mutilados, huyeron.

Sí: huyeron vergonzosamente.

Porque fué una *fuga vergonzosa*, y así lo repite la historia.

Huyeron abandonándolo todo, despavoridos por el acero de nuestros valientes soldados y por el hacha de la calesera.

Rosa estaba vengada. Doscientos cadáveres de franceses lo atestiguaban, sin contar los heridos. Doscientos muertos dentro del espacio de un proyectado reducto.

Los mismos soldados españoles parecían sentir cierto terror á la vista de la valerosa calesera, cubierta de sangre de pies á cabeza, encendido el rostro y rojos de cólera los ojos, que lanzaban chispas.

La columna regresó á la ciudad en medio de incesantes aclamaciones.

En cuanto á Rosa, desapareció al penetrar en el interior; pero los soldados no tardaron en referir su comportamiento en aquella jornada.

Los generales franceses, exasperados al ver puestos en fuga á los veteranos de Marengo y Friedland, se mostraron severísimos con los vencidos del 18, jurando á la vez que el paisanaje de Tarragona había de pagar cara su osadía.

En efecto: si el sitio de Zaragoza se distinguió por lo heroico y el de Gerona por lo tenaz, el de Tarragona se distinguió por lo sanguinario.

CAPITULO XII

Noche de horror

I

Cada vez más resueltos los franceses á apoderarse del Olivo en vista de los continuos daños que les ocasionaban las salidas que hacía la guarnición de aquel fuerte, abrieron la trinchera á la izquierda de los parapetos ganados días antes, en dirección á un terromontero allí cercano. Dificultaba en gran manera su trabajo el encontrarse con un suelo de roca viva, como es toda la montaña y las vecinas; pero, gracias á las numerosas compañías de zapadores empleadas en los desmontes y obras de aproche, pudieron, por fin, el 27 de mayo, terminar el emplazamiento para cuatro baterías. Tan escabroso era el paraje que los soldados tenían que tirar de los cañones para irlos subiendo, y, á pesar de las largas horas invertidas y de emplearse grandes esfuerzos, no se había logrado todavía dicho objeto al ponerse el sol.

Entretanto reinaba dentro del fuerte la mayor excitación contra los sitiadores. Decidióse verificar al día siguiente una salida para estorbar que pudiesen acabar de subir hasta las trincheras los cañones, y al romper el alba abriéronse los rastrillos, bajóse el puente levadizo y el regimiento de Iberia se precipitó, lleno de intrepidez y coraje, contra las fuerzas que tenían bloqueado el castillo, cayendo furiosamente sobre el trozo que custodiaba el terromontero.

Al ímpetu con que los nuestros atacaban á la bayoneta huyeron los aguerridos soldados napoleónicos, mientras la artillería del fuerte sembraba el estrago en sus filas. No tardaron en pronunciarse los franceses en desastrosa retirada, y muchos de ellos se despeñaron desde los escabrosos senderos de la colina hasta las cañadas, rodando otros por el montecillo en cuya cima se levantaban las obras de sitio.

Tremendo era el espectáculo que ofrecían los sitiadores. Cada paso que intentaban dar les costaba enormes bajas; la montaña estaba teñida de sangre y sembrada de cadáveres; los soldados huían, y el general Salme, desde el pie de la colina, procuraba en vano contener á sablazos á los fugitivos.

Viendo que todo era inútil para evitar la dispersión, espoleó su caballo y, dirigiéndose á los que venían bajando, gritó:

—¡Ved, cobardes, lo que hace el general Salme! ¡Adelante!

Púsose al frente de una columna compuesta del 6.º de línea, italianos casi todos, y subió á escape por la rápida ladera del monte, seguido por sus soldados, atónitos al ver al general puesto al frente del regimiento.

Los defensores redoblaron entonces el fuego de cañón. La metralla española acribillaba á los que

subían, hasta que de pronto vióseles pronunciarse otra vez en retirada.

El general Salme acababa de caer del caballo, exhalando el último suspiro al gritar de nuevo: *¡Adelante!* Un casco de metralla se le había llevado media cabeza.

Al cabo de muchas horas de fuego, y cuando los franceses se veían imposibilitados de continuar en su tarea de ir arrastrando los cañones, llegaron de la derecha tropas de Palombini y de la izquierda algunos regimientos de la división Frère, y, vueltos en sí los dispersos y derrotados acometedores, pudieron conseguir entre todos que los valientes del Olivo se replegaran otra vez dentro el recinto.

II

Emplazados cañones y obuses franceses, empezaron á vomitar contra el fuerte balas y más balas, contestando los nuestros con nutridos metrallazos. Todo el día 28 no paró un instante el fuego, hasta que al amanecer se debilitó algo por nuestra parte, á causa de haber sido desmontados por los obuses enemigos algunos cañones y haber quedado destruídos los parapetos.

Al día siguiente lograron abrir brecha en el ángulo derecho mirando á Tarragona; pero no probaron siquiera de asaltar por allí, bien convencidos de que habían de ser rechazados. Por desgracia pudieron, sin embargo, desencabalgar todas las piezas que tanto estrago habían causado en ellos, al mismo tiempo que caían desmoronadas todas nuestras baterías. El Olivo no podía hacer ya fuego de cañón, pero aun había dentro pechos españoles y brazos capaces de disparar un fusil.

Avido Harispe de apoderarse cuanto antes del fuerte, decidió dar el asalto aquella noche, amagando al mismo tiempo toda la línea del sitio.

A las diez de la noche rompieron los franceses el fuego contra todos los fuertes y la plaza, apareciendo al momento convertida ésta en un cráter. De todos los fuertes, baluartes y troneras de la muralla salían torrentes de fuego y proyectiles que se cruzaban con los del enemigo. Los tarraconenses demostraron que no dormían, y, si violento fué el cañoneo del francés, no tronaron con menos estruendo las piezas que defendían los muros de la antigua metrópoli. La campiña mostrábase iluminada con el incesante resplandor de las bombas y granadas, de las balas y frascos de fuego que arrojaban los nuestros contra los franceses.

¡Espectáculo grandioso y sin igual! El casco de la ciudad aparecía como el asiento de un inmenso incendio, y, cual si no fuera bastante tanto fuego y tan siniestra claridad, empezó la escuadra inglesa á lanzar cohetes y mortíferas luminarias contra la división Habert, cercana á la playa, «añadiendo horrores y grandezas al nocturnal estrepitoso combate» (1).

¡Noche de horror, sí! Desaparecieron sus tinieblas ante la roja luz del cañón y de los fuegos voladores. Aquellos muros de piedra parecían de pronto haberse abierto para dar paso á las llamas y al hierro que vomitaban. Oíase espantosa gritería, más siniestra aún en el silencio de tales horas, y cruzaban sin cesar la atmósfera esferas ardientes con atorbellinada rapidez, que ora explotaban en lo alto con estrépito atronador, ora reventaban después de haber rebotado contra las peñas, deshaciéndose en trozos candentes y levantando roja polvareda. Veíanse clara y distintamente los defensores de la muralla y los sitiadores como sombras alumbradas por infernal resplandor. Fuertes y murallas, falsa braga y torres, terraplenes y reductos, lanzaban contra el enemigo tremendas rociadas, mientras el francés disparaba bombas y más bombas, bala rasa y metralla. Era un duelo en la noche, una lucha en la oscuridad, lo sublime en medio de lo espantoso. Parecía que en aquel asedio hubiesen jurado todos apurar los últimos medios de destrucción y exterminio.

Surgiendo de pronto en las sombras de la noche, cada bomba, cada frasco de fuego, cada metrallazo y cada cohete inspiraba hondo terror. Lo nocturno tiene siempre algo de imponente. Un bombardeo y una explosión de troneras en las tinieblas llega á lo sublime. Tarragona parecía un foco de rayos rodeado por una aureola de volcanes. La luz no se apagaba ni un momento. De vez en cuando quedaba sumido en la sombra un fuerte, una torre, un lienzo de muralla; pero al momento surgía de allí el espantoso fulgor de veinte fogonazos uno tras otro y las paredes negras escupían furiosamente chispas que eran metralla, bocanadas de balas y granadas,

(1) Toreno.

y enormes burbujas rojas que reventaban sembrando el estrago.

A la vista de aquel encastillado grupo de edificios plantados en lo alto de una montaña de piedra y convertido todo él en incandescente boca de un volcán, los franceses experimentaron como un sagrado terror. Nunca habían visto una noche igual. Los napoleónicos, al morir, lanzaban un grito de espanto, como si hubiesen perecido en los propios dinteles del infierno.

Los que se encontraban junto al mar veían caer las bombas de los fuertes de Francolí, de Orleans y el Príncipe; los que se estaban más arriba se sentían abrasados por la batería de San José, el fuerte Real, la muralla y el fuerte de la Cenia; más al norte recibían los fuegos del baluarte de San Francisco, del Rosario, Fuerte Negro, San Diego, fuertes de San Jerónimo y Staremberg, y baluarte de San Magín; al este hacía contra ellos terribles disparos el baluarte de San Antonio, obra de Escipión, y desde oriente al sur vomitaban su metralla por un lado la muralla y la escuadra por el otro.

Eran dos cuadros concéntricos: el de dentro manteníase rígido é inquebrantable; el de fuera, retrocedía y se ensanchaba.

III

En tanto la plaza de Tarragona introducía el estrago entre el ejército sitiador, los franceses que tenían asediado el Olivo iban á intentar un desesperado ataque para apoderarse de la fortaleza.

Formados los enemigos en dos columnas, encamináronse al castillo. Uno de los trozos debía dar el asalto por la brecha, en tanto el otro rodeaba el fuerte y le entraba por la gola.

Pero la brecha no estaba lo bastante practicable, y, así, se arrojaron á los fosos más de cien escalas, que resultaron cortas, por lo cual fué preciso que un gigantesco granadero llamado Meunier prestase sus hombros; y de este modo, encaramándose sobre él, pudieron algunos asaltantes alcanzar el extremo de una de ellas. Lograron varios subir así hasta el adarve; pero no les costó gran trabajo á los nuestros matarlos á todos, arrojarlos al foso y acabar por romper todas las escalas. Era inútil pensar en el asalto de aquella manera.

Sin embargo, la fatalidad primero y la traición después, vinieron en auxilio de los enemigos.

Los caños del acueducto que antes surtían de agua á la fortaleza permanecían intactos, formando un paso á nivel entre la cornisa de la muralla posterior y el terreno circunvecino. Aquella obra inútil, que hubiera debido ser derribaba como un gran peligro, se conservó, no obstante, por descuido. Los contrarios no necesitaban ya escalas para subir, teniendo un puente para pasar. Uno tras otro desfilaron los franceses por encima de las arcadas, se encaramaron al parapeto, y cuando los españoles corrieron hacia allí, advertidos del peligro, ya un fuerte pelotón francés era dueño de toda la muralla. Una vez allí los más animosos, no les fué difícil pasar á los restantes. Las tropas francesas acampaban dentro del fuerte.

IV

En tanto ocurría esto en la parte posterior, acontecía un nuevo desastre en el frente. Tocaba aquel día relevar la guarnición, lo cual se verificaba cada semana, y debía salir el bravo regimiento de Iberia para entrar en su puesto el de Almería. Marchaba éste á favor de las sombras de la noche, cuando vino á topar con la columna francesa que se dirigía á atacar el fuerte por la gola.

Todo hubiera podido remediarse, sin embargo; pero había la traición por en medio. Al frente de la columna francesa marchaban algunas filas de soldados vestidos con el uniforme español, y, en el momento en que nuestro regimiento chocaba con los franceses, salió disimuladamente un sargento de entre filas, acercóse al coronel francés y le entregó un papel.

Era el santo y seña.

V

El sargento de guardia abrió confiadamente el rastrillo exterior y penetraron en el fuerte las primeras filas enemigas, merced á su disfraz, apresurándose los invasores, ó como quiera llamárseles, á degollar al infeliz. La escasa fuerza que estaba de guardia hizo fuego en seguida, consiguiendo cerrar otra vez el rastrillo; pero ya era tarde. Entre los de dentro y los de fuera pudieron derribar á hachazos las dos puertas de la gola. Los de Almería entraron también en el fuerte revueltos con los *ingeniosos* in-

trusos, trabándose entonces sangrienta y espantosa refriega. Batíanse los nuestros no ya como hombres, sino como leones, inflamados por el odio, indignados por la felonía de los sitiadores. Así que estuvo dentro del fuerte la columna que había entrado por la gola, viéronse los nuestros atacados por la espalda por los que habían penetrado por el acueducto, quedando de este modo cogidos entre dos fuegos.

El gobernador del fuerte batíase pistola en mano, sin reparar en la sangre que manaba de las heridas de que estaba acribillado. El combate era á la bayoneta, á mordiscos, á navajazos. El francés conquistaba el terreno literalmente á pulgadas. Los nuestros ofrecían una masa sólida, viéndose embarazados para maniobrar en el reducido límite en que estaban confinados. Replegados, por último, en la izquierda del fuerte y en el caballero, convirtieron su último refugio en abrasador volcán. El interior del fuerte era estrecho para contener el número de cadáveres. La carnicería era horrorosa, verdaderamente horrorosa. Había soldados que se degollaban, otros que iban á hacerse matar, metiéndose, dor del fuerte, D. José María Gámez, espiró atravesado por diez heridas de bala y bayoneta.

Allí murieron 1,100 bravos de los nuestros. Los franceses dejaron 500 cadáveres, muchos de ellos de oficiales. Al rayar el día pudo leerse, escrita en un muro con sangre española, esta inscripción: *Vengada queda la muerte del general Salme* (1).

¡Vengada con el asesinato de los soldados acorralados! ¡Vengada degollando á los que no podían hacer uso de sus armas! ¡No se vengaban así los españoles!

VI

La entrada de los restos de Iberia y Almería produjo un desconsolador efecto en la ciudad: no regresaban ni la mitad de los que habían ido.

Pero, sobre todo, causaba terrible ira y despecho el contemplar izada la aborrecida bandera tricolor en los muros donde había tremolado hasta entonces la gloriosa enseña española. Todos á una no hablaban más que de recobrar

—¡Maldita! ¡Maldita! ¡Maldita, y maldito ese...

...bruja que acudiese al sábado, siniestra y maléfica.
Al oir el grito de su hija levantó la mujer la ca-
con voz que parecia ai chirriido de un cerrojo
...dijo:
...dijo!...Maldita...y maldito ese...
trasladar la abominable

El fatídico rumor se fue alejando
...o á Cándida!... Cándida, después de pronunciar esas señales del de-
...sfallecida, había quedado fría como un cadáver, contrai-
...dos todos los miembros, sin fuerza humana para

La miró, y vió que la jóven reia, reia espantosa-
mente, señalándole y diciéndo
—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
beza, y,
mirándo
—¡Maldita!...Mal
...la pluma se resiste á
imprecación de la condenada.
Jorge, de cada vez mas aterrado, dog
y retrocediendo
la habitacion debido desaparecer de los hierros del balcó

desdoblarlos, cerradas convulsivamente las mandíbulas y los párpados, asomando por los labios ligera espuma, desfigurada, desconocida.

El pobre amante se olvidó de todo al ver á Cándida en aquel estado. y, corriendo á la escalera, comenzó á gritar:

—¡Socorro! ¡Cándida se muere!

Acudieron algunas personas, pues la mayor parte de los vecinos habíanse dirigido á los glacis del fuerte Real, donde se verificaban las ejecuciones, y prodigaron todos los remedios caseros imaginables á la pobre infeliz; mas todo fué inútil.

Santa Coloma no parecía, cosa natural, supuesto que formaba parte de la *Congregación de la Sangre* que acompañaba á los reos al patíbulo; institución existente todavía con la misma piedad que siempre la ha distinguido.

—¡Cándida se va á morir!—exclamaba Jorge horrorizado.—¡Se va á morir sin auxilio de nadie! ¡Maldito el día fatal en que yo mismo produje estas desgracias!

Por fin, á las dos de la tarde llegó Santa Coloma.

—¡Salvadla ó tendréis que enterrarnos á los dos! —exclamó Jorge.

—Es un ataque de eclampsia,—dijo el médico.— Hay que sangrarla. Yo mismo lo haré. No hay que perder tiempo.

Pareció que á medida que salía la sangre iba aflojando la tensión de los músculos.

Cándida lanzó un suspiro.

El médico prescribió algunos remedios y quedó en que volvería después.

—¿Lo ha visto V. todo?—preguntóle al despedirse una vieja á la cual sus achaques le habían impedido ir á presenciar la sabrosa función.

—No. Solo sé que los desventurados han sufrido horriblemente. ¡Dios tenga misericordia de sus almas!

Todo el día fué un continuo entrar y salir por las puertas de la ciudad para ir á ver á los tres ahorcados, cuyos cuerpos se balanceaban lúgubremente, pendientes de tres dogales suspendidos de una viga horizontal, formando ángulo con otra muy alta y derecha en la cual había apoyada una escalera.

Al pie de la horca varios soldados custodiaban los cadáveres.

Desde el campo francés podían verse los ajusticiados, que llevaban en el pecho sendos carteles en los que en gruesas letras se leía: *Traidor*.

III

Terminada la espantosa escena convocó Campoverde consejo de guerra al objeto de tomar una determinación que viniese á remediar el apuro en que se encontraba la plaza.

La pérdida del Olivo y la heroica muerte de 1,500 defensores dentro de sus muros no quedaba, ni de mucho, resarcida con la llegada de 1,700 quintos valencianos y 400 mallorquines. Tras de largas deliberaciones acordóse que Campoverde saliese de la plaza y que, reuniendo todas las fuerzas del Principado, atacase á los sitiadores para hacerles levantar el cerco. Quedóse en que Sarsfield dejaría la jefatura de las tropas que operaban hacia Montblanch para encargarse del mando del arrabal y la marina, quedando en su lugar el barón de Eroles, y, por último, túvose la peregrina ocurrencia de reemplazar al gobernador D. Juan Caro, enviándole á Valencia en busca de auxilio, siendo nombrado en su lugar D. Juan Senén de Contreras, que acababa de llegar de Cádiz y era nuevo enteramente.

—Perdido el Olivo, y estando, como está, tan adelantado el sitio,—dijo Contreras,—obedezco, sin embargo, la decisión del Consejo y acepto llevar sobre mis hombros la pesada carga que se me impone, por más que no sea mía la responsabilidad, que toca al que desde un principio ha gobernado la plaza.

Callóse D. Juan Caro, no mostrándose en manera alguna pesaroso del relevo, como parecía natural, aunque tampoco lo sintieron mucho los defensores.

Abandonada Tarragona desde principios del sitio por la Junta de Guerra del Principado, que se había trasladado á Montserrat al objeto de quedar expedita para atender á los demás lugares, causó mayor impresión la partida de los dichos, pues la Junta tenía motivos poderosísimos para buscar toda la seguridad posible. Pero, con todo, no fué la marcha de los generales lo que más amargó los ánimos patrióticos, sino la multitud de familias principales que salieron de la ciudad en pos de ellos, amedrentadas por el bombardeo y las privaciones inherentes á todo sitio.

Quedaron tan sólo en Tarragona *los que nada tenían que perder*: modestos artesanos, tenderos, humildes comerciantes, labradores, pastores y marineros. En cambio, los que eran dueños de todo, pues

la propiedad estaba en muy pocas manos, siguieron el ejemplo de los insignes varones á quienes encontramos más atrás en la tertulia del boticario, y pasaron perfectamente el sitio, y algunos años más, en Palma de Mallorca. Digamos, sin embargo, que ninguna falta hicieron los fugitivos, antes al contrario prestaron un gran favor con dejar libre á la ciudad de sus pusilánimes personas. El tendero dejaba de serlo para convertirse en épico combatiente; el labrador se trocaba en denodado campeón; el menestral en fiero patriota; el pastor en terrible soldado. Todos servían, y á ellos se dirigía preferentemente el odio del francés, pues los soldados, aunque siempre bravos, eran diferentemente conceptuados por el sitiador.

Sí: el paisanaje era lo que preocupaba á Suchet. El futuro mariscal conocía bien las condiciones del ejército y las de la milicia. Sabía que los soldados se batían bien, porque así se han batido siempre los soldados españoles; pero, cuando veía hacer más de lo que se podía, en seguida comprendía que era cosa de los paisanos. En mil ocasiones se había evidenciado esta diferencia, y los franceses estaban decididos á cebarse... ¿qué á cebarse?... á aniquilar al paisanaje hasta dejar memoria eterna ¡de la generosidad francesa!

En Zaragoza y en Gerona habían sido demasiado nobles, fuera del estrangulamiento de Álvarez y de mil muertes crueles y mil bárbaras venganzas. En Tarragona debían dar muestra cumplida de su civilizadora misión.

¡El borrón que cayó sobre el ejército napoleónico en aquella época no podrá borrarse jamás, jamás!

CAPÍTULO XIV

Un caníbal franco-italiano [1]

I

El general D. Juan Senén de Contreras había tomado sobre sí una carga pesada por demás. Claramente comprendía que no era posible que Tarragona pudiese resistir un sitio en regla, á causa de los muchos defectos de sus fortificaciones, débiles, sin concluir las más de ellas, sin consistencia, sin fosos ni, por consiguiente, caminos cubiertos, sin puertas para poder comunicarse y hacer fuertes salidas contra el enemigo para arrojarle de sus obras y recobrar las de que se había apoderado. Inútilmente había alegado que, siendo forastero, no conocía ni á los jefes, las tropas, las autoridades, los habitantes, ni la plaza (de la cual ni siquiera existía plano), ni los recursos del país. Nada bastó para que Campoverde le relevase del espinoso cargo de regir la ciudad. Contreras obedeció como debía, y, aunque desconfiado de la salvación de Tarragona, juró que la defensa sería tal que no pudiesen excederla jamás las más empeñadas y gloriosas.

Por su parte sentíase Suchet cada día más ansioso de acabar, pues del éxito de su empresa dependía su suerte ó su desgracia. Ganando, alcanzaba el mariscalato de Francia: perdiendo, la destitución y el desconcepto para con el emperador.

Pero si la plaza era *indefensable,* como se decía en el lenguaje de aquel tiempo, quedaban los moradores, cada uno de cuyos pechos era una muralla, y había, además, la guarnición, siendo los soldados, en su mayoría, viejos guerreros de probada constancia.

Contreras dió desde el primer momento gallardas pruebas de talento organizador y actividad febril. Arregló el servicio de las tropas, estableció una policía militar, reformó las compañías de la milicia, ocupó á las mujeres en hacer cartuchos, hilas, etcétera, y animaba á todos, multiplicándose y dando ejemplo de resolución y confianza, por más que interiormente estuviese seguro del malogro de tanto heroísmo.

Como los almacenes reales estaban exhaustos, formó otros con los objetos útiles abandonados en su fuga por las familias acomodadas y ricas, que, por otra parte, tuvieron buen cuidado en llevarse todo lo precioso que pudieron. Las tropas estaban sin pagar hacía cuatro ó cinco meses y la caja militar sólo contenía cinco ó seis mil duros, lo cual le obligó á imponer una contribución de sesenta mil pesos, la cual suma fué entregada al intendente Pombo, que había quedado en la plaza para suministrar á la guarnición. Dióse á ésta una paga, y, al objeto de que si entraba el francés no se apoderase de los veinticuatro mil duros restantes, depositá-

(1) Véase Balzac: *Las Maranas.*

ronse éstos á bordo de uno de los buques de guerra.

Por su parte no descansaban tampoco los franceses un momento. Una vez dueños del Olivo, resolvieron emprender en seguida el ataque contra la plaza, abriendo la primera paralela en la noche del 1 al 2 de junio.

Era el alma de todas las operaciones del sitiador un ingeniero italiano llamado Vaccani, el mismo que había hecho el fatal descubrimiento de los caños por donde podía penetrarse en el recinto del Olivo. Después de un acabado reconocimiento de las murallas, persuadió á Suchet de que se abriese brecha por el punto que era efectivamente el más débil, á saber: el lienzo de muralla comprendido entre el baluarte de Orleans y el fuerte á orillas del mar, la cual muralla era la que protegía el arrabal, hoy *Puerto*. Estableciόse, pues, la trinchera á 200 varas de la obra y en una longitud de 400 toesas.

II

Mientras los franceses estaban ocupados en los trabajos antedichos, celebrábase en el Olivo una verdadera bacanal. Era el anfitrión un oficial italiano llamado Bianchi, especie de D. Juan Tenorio siciliano, truhán de profesión, más lenguaraz que valiente y jugador hasta el escándalo. Comióse y bebióse, blasfemóse de todo, murmuróse, y, por último, vino la indispensable banca. Bianchi perdió todo cuanto tenía y lo que no tenía. Entonces, dirigiéndose al que se había embolsado los luises y doblones del tahur, exclamó:

—Una apuesta. Cien napoleones á que me como el corazón de un centinela español.

—Y ¿qué perdéis si no lo cumplís?

—La vida.

—No acepto,—contestó el jugador ganancioso.

—Acepto yo,—repuso un oficial llamado Beauregard, famoso por su desenfrenada pasión por el juego.

—No fío en tus promesas, Luis,—contestó Bianchi.—Vengan antes los cien napoleones.

—Ahí van,—contestó Beauregard, sacando del bolsillo un puñado de luises.—Toma. Traerás aquí el corazón y te lo comerás delante de todos; pero ha de ser esta misma noche.

—Dentro de una hora.

El italiano se proveyó de un uniforme de soldado español, cosa fácil habiendo sido despojados los cadáveres de los valientes defensores del fuerte, y salió del Olivo, bajando apresuradamente hasta la hoya que forma la ladera del monte con la colina en que está asentada la ciudad. Allí cambió de uniforme, vistiéndose el que se había llevado, y se dirigió hacia un rastrillo que cerraba la entrada al camino de circunvalación, junto al fuerte de Staremberg. Pegado á la escarpa de las murallas y descalzo para no ocasionar el menor ruido, fué acercándose el miserable, como lobo en acecho, hasta tocar á la pared del rastrillo, y, ágil como un tigre, apoyándose en el ángulo formado por la tapia y la muralla, y agarrándose á las yerbas y á las piedras salientes, escaló la altura y ganó la opuesta parte. Rápido como el rayo, hundió su puñal en el pecho del centinela, pobre bisoño recién sacado de las montañas de Valencia, asombrado por aquella aparición, y, una vez caído, le tapó la boca. Entonces, con una ferocidad sin ejemplo, hizo una cosa sin nombre que ocultaron las sombras de la noche, y, escalando de nuevo la pared, regresó al Olivo, arrimado, como antes, al muro de la falsa braga.

Por horrible é increible que parezca esta escena de canibalismo, ya la refirió anteriormente el gran novelista Balzac en las *Escenas de la vida de París* y en sus *Cuentos fantásticos*.

Los camaradas de Bianchi quedaron, pues, agradablemente sorprendidos al verle comparecer con el *objeto* de la apuesta. El asesino, con todo, quiso que no quedara duda alguna acerca de la *legitimidad* de la procedencia y mostró un escapulario de la Virgen de los Desamparados, algunos cuartos y varios botones con el número del regimiento de la víctima.

Bianchi cumplió en seguida lo ofrecido.

Al rayar el día se encontró el cadáver del centinela horriblemente mutilado y despedazado, levantada la tabla del pecho y arrancado el corazón.

III

La noticia del crimen llenó de espanto y estupor á los defensores. El odio á los franceses se trocó en repugnante asco; pero de todos los pechos salió un grito de rabiosa venganza. Sin duda nadie era capaz de pensar en aplicar la pena del Talión; pero

no por ser incapaces de convertirse en caníbales los españoles había de ser menos terrible la represalia.

Por de pronto la artillería de la plaza causó enorme estrago en los sitiadores. Los franceses, desdeñando distraer la atención con ataques simulados, convirtieron todas sus fuerzas al trabajo de brecha, proporcionando así ocasión de lucirse á nuestros artilleros. Un espantoso cañoneo de obuses y morteros desde el fuerte de Francolí y las lanchas cañoneras, combinando los fuegos directos con los verticales, al objeto de impedirles sus trabajos é inutilizarles gente, produjo maravillosos resultados, de todo punto soberbios.

Desde entonces puede decirse que no cesaron un instante los disparos, contrariando al enemigo en la tarea de extender y perfeccionar sus obras y establecer sus baterías. Por desgracia, á pesar de las mortíferas salidas de los sitiados, pudieron los franceses zanjar la segunda paralela á 60 varas del fuerte de Francolí, y ya el día 7 comenzaron á batirlo en brecha con 25 piezas de á 24 colocadas en cinco baterías. La metralla del fuerte y las bombas y granadas de la plaza les causaron gran pérdida, sin lograr, empero, apagar sus fuegos, que destruyeron pronto el revestimiento de aquella endeble obra y los espaldones de las baterías, quedando desde las diez de la mañana descubierta al enemigo la guarnición del fuerte.

Hasta las siete de la tarde permaneció allí firme y denodada la fuerza española encargada de custodiar el reducto, al mando de D. Antonio Roten, á cuya hora evacuó la guarnición el desmoronado recinto, llevándose la artillería y entregando tan sólo al enemigo un montón de ruinas, rodeadas por cenagosas junqueras.

No valía ciertamente la posesión de aquel desmoronado fortín el sinnúmero de vidas que había costado; pero Suchet, ávido de empuñar cuanto antes el bastón de mariscal y sabedor de que le iba su perdición si no tomaba cuanto antes á Tarragona, sacrificaba sin escrúpulo á sus soldados, únicos que podía dedicar á los trabajos de sitio, pues los prisioneros se dejaban hacer trizas antes que tomar un azadón para echar una paletada de tierra en contra de su patria.

Apoderados los enemigos del fuerte de Francolí, emplazaron allí una batería de 6 piezas de á 24, tratando de arrojar del fondeadero á las embarcaciones; pero éstas ya se habían colocado fuera de tiro. Ocupáronse entonces en adelantar por el centro la segunda paralela y se arrimaron á 70 varas del ángulo saliente del camino cubierto del baluarte de Orleans.

La noche siguiente callaron los cañones de la plaza, con gran sorpresa del enemigo, no acostumbrado á aquel silencio. ¿La plaza desfallecía acaso? ¿Sentíanse acobardados los defensores?

IV

Rendidos de sueño y de cansancio, tras nueve días de incesante cañoneo, bendijeron los franceses aquel tranquilizador silencio de los ruidosos muros, preparándose á pasar una noche feliz y descansada. La plaza callaba, todo yacía en profundo silencio, la oscuridad era completa. Sólo trabajaban los zapadores, ocupados en levantar la segunda paralela, custodiados por las guardias y los centinelas de la trinchera.

Aquel inusitado sosiego obró incontrastablemente sobre los centinelas y las guardias y todos quedaron dormidos. La plaza seguía callada.

Los zapadores continuaban trabajando sordamente, como gigantescas hormigas. Cavaban, trasportaban gaviones, levantaban la trinchera, incansables, laboriosos. De vez en cuando oíase un soñoliento grito de *¡Alerte!* repetido semibostezando por los *troupiers*.

Era una noche calurosa, calmosa, pesada. Los mosquitos picaban cruelmente á los invasores sin lograr hacerles despertar.

V

Abrióse la puerta de San Francisco y salieron 300 granaderos, armados de fusiles y hachas, quietos y silenciosos.

Andaban de puntillas, con las armas á la funerala, las hachas á la espalda, de dos en dos, semejantes á una procesión de fantasmas.

Arrimados al muro, deslizáronse por los fosos de los baluartes de Santo Domingo y Santa Catalina, y al llegar á unas 100 varas de las obras francesas se detuvieron.

Los granaderos echáronse entonces boca abajo y,

arrastrándose por tierra, llegaron al pie de las trincheras. Entonces, ágiles y temerarios, metiéronse por las troneras y comenzó una espantosa carnicería.

Centinelas y guardias fueron todos degollados: á nadie se dió cuartel. Oficiales y soldados, todos perecieron. La sorpresa había sido completa. Todos estaban dormidos. El silencio de la plaza les había narcotizado.

Hartos de exterminio y de venganza, retiráronse otra vez, llevándose cada granadero un montón de gorras y mochilas, empapados en sangre los uniformes.

La mujer saltó por una tronera y se encontró con un herido...

Vengado quedaba el asesinato del centinela del rastrillo de Staremberg.

Contreras estaba contento: la orden de *¡Alto el fuego!* había producido el efecto deseado.

VI

La ciudad ardió en entusiasmo á la vista de los trofeos que habían traído los granaderos. Expuestos los morriones y las mochilas en el Llano de la Catedral, hicieron comprender que era muy factible degollar algunos centenares de gabachos.

El fuego de la plaza continuó ya sin interrupción.

Aquel sitio, sin embargo, debía distinguirse, además de lo sangriento, por acaecer siempre de noche los más importantes sucesos. Es tan trasparente y sereno el cielo de aquella comarca que no parece propio para presenciar á la luz del día escenas cual las que narramos, llenas de horror y desolación.

Ello es que al dar las diez de la noche del 11 de junio, tres días después del degüello que hicieron los granaderos, el brigadier Sarsfield recibió una orden de Contreras para que á las doce hiciera una salida con los 3,000 hombres que estaban á sus órdenes. Obedeció Sarsfield, compareciendo también

LA MUJER HABÍA TOMADO EN BRAZOS AL HERIDO

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA
Comunidad de Madrid

muchos vecinos y algunas mujeres dispuestas á secundar á los combatientes.

Sarsfield cumplió bizarramente lo mandado. La salida fué impetuosa: huyeron los zapadores franceses, destruyeron nuestros soldados sus trabajos y acudieron solícitas las mujeres en auxilio de los heridos. Los franceses lanzaban bombas y balas contra los asaltantes de sus trincheras; pero en nada reparaban los bravos soldados de Sarsfield ni las heroínas de Tarragona, que no se retiraron hasta haberlo visto destruído todo.

Un oficial de Almería había quedado gravemente herido al pie de un cañón de la segunda trinchera. Las tropas estaban ya en marcha. Las mujeres iban al lado de la columna. De pronto una de ellas creyó oir un plañidero grito, y, sin decir nada, volvió á los parapetos, á pesar de continuar el cañoneo del francés. La mujer saltó por una tronera y se encontró con un herido, que había vuelto en sí hacía pocos minutos, atravesado el pecho.

—¿Podríais levantaros apoyándoos en mí?—preguntóle.

—Sí,—contestó el oficial.

—Animo, pues.

En un momento estuvieron fuera de las obras del sitio. Para bajar desde la tronera, la mujer había tomado en brazos al herido, abrazado á ella.

—Dadme el brazo,—repuso la mujer al encontrarse al pie de la trinchera.

—Os debo la vida,—dijo el oficial.—¿Cómo os llamáis?

—Dejad eso. No hago más que cumplir con mi deber.

De pronto cayó una bomba á su lado, reventando con ruidoso estruendo. Al fulgor del mortífero proyectil el oficial distinguió el rostro de una peregrina belleza.

—¡Sois Clara!—exclamó.—Os conozco por haberos visto muchas veces con vuestra madre en la iglesia. Gracias por mi vida.